



Selección de cuentos







Selección de cuentos

Guy de Maupassant

Henri René Albert Guy de Maupassant nació el 5 de agosto de 1850 en Château de Miromesnil, Normandía, Francia. Considerado uno de los más importantes escritores de la escuela naturalista. Cursó estudios en el Liceo Napoleón, en el colegio eclesiástico de Yvetot, de donde fue expulsado y en el Liceo Rouen, lugar en donde culminaron sus estudios básicos. Antes de trasladarse a Paris a estudiar Derecho, decide participar en la guerra franco—prusiana, acontecimiento que le serviría de contexto para la creación de sus relatos.

En 1880 publica su gran obra *Bola de sebo*. Durante los siguientes años escribió diversos relatos, entre los que destacan *La casa tellier* (1881), *Mademoiselle Fifi* (1882), *Los cuentos de la becada* (1883), *La Parure* (1884) *Cuentos del día y de la noche* (1885) y *El Horla* (1887). Obteniendo mayor notoriedad en el mundo literario. Sus obras de carácter realista y estilo sencillo, exponen temas de campesinos normandos, la sociedad pequeño burgués, la mediocridad de los funcionarios, la guerra franco—prusiana, las alucinaciones y las aventuras amorosas. Temas que nunca salen de una crítica al comportamiento del hombre. Sus novelas son: *Una vida* (1883), *Bel Ami* (1885), *Pierre y Jean* (1888), *La mano izquierda* (1889) y *Nuestro corazón* (1890).

Atacado por graves problemas nerviosos, síntomas de demencia y pánico a consecuencia de la sífilis, intenta suicidarse en varias ocasiones, por lo que es internado en el manicomio de París, lugar en el que muere un año después, el 6 de julio de 1893.

Guy de Maupassant

Selección de cuentos



Selección de cuentos
Guy de Maupassaant

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 —Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura de

la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

El diablo

El campesino permanecía de pie, frente al médico, ante el lecho de la moribunda. La vieja, tranquila, resignada, lúcida, miraba a los dos hombres y los oía charlar. Iba a morir. No se rebelaba, su tiempo había terminado. Tenía noventa y dos años.

Por la ventana y la puerta abiertas, el sol de julio entraba a raudales, lanzaba su llama caliente sobre el suelo de tierra oscura, ondulada y apisonada por los suecos de cuatro generaciones de los aldeanos. También llegaban los olores del campo, traídos por brisa ardiente, olores de hierbas, de trigo, de hojas, quemadas bajo el calor del mediodía. Los saltamontes zumbaban exasperados, llenaban el campo de una crepitación aguda, parecida al ruido de las carracas de madera que venden a los niños en las ferias.

El médico, elevando la voz, decía:

—Honoré, no puedes dejar a tu madre sola en este estado ¡Se va a morir de un momento a otro!

Y el campesino, desolado, repetía:

—Pero tengo que recoger el trigo. Hace ya demasiado

que está segado. Y ahora, precisamente, el tiempo es bueno. ¿Tú que dices, madre?

Y la vieja moribunda, atenazada aún por la avaricia normanda decía que sí con los ojos y la cabeza, animaba a su hijo a recoger el trigo y a dejarla morir completamente sola.

Pero el médico se enfadó y, golpeando el suelo con el pie dijo:

—Eres un verdadero animal, ¿me has oído?, y no te permitiré hacer eso, ¿me has oído? Y si no tienes más remedio que recoger el trigo hoy mismo ¡vete a buscar a la Rapet, demonio, y encárgale que cuide a tu madre! Lo digo yo, ¿me has oído? Y si no me obedeces, te dejaré reventar como un perro cuando tú estés enfermo, ¿me has oído?

El campesino, alto y delgado, de gestos lentos, torturado por la indecisión, por el miedo al médico y por el amor feroz al ahorro, dudaba, calculaba, balbucía:

—¿Cuánto cobra la Rapet por cuidar un enfermo?

El médico gritaba:

—¿Y yo qué sé? Depende del tiempo que le pidas.

¡Arréglatelas con ella, diablo! Pero quiero que esté aquí dentro de una hora, ¿me has oído?

El hombre se decidió.

—Ya voy, ya voy. No se enfade, señor doctor.

Y el doctor se fue, advirtiendo:

—Ya lo sabes, ya lo sabes; ten cuidado, que yo no bromeo cuando me enfado.

En cuanto se quedó solo, el campesino se volvió hacia su madre, y, con voz resignada, le dijo:

—Voy a buscar a la Rapet, ya que él se empeña. Quédate tranquila hasta que yo vuelva.

Y salió.

La Rapet, una vieja planchadora, velaba a los muertos y a los moribundos del municipio y de los alrededores. Después, cuando había cosido a sus clientes dentro de la sábana de la que no debían salir más, volvía a coger su plancha con la que restregaba la ropa de los vivos. Arrugada como una manzana vieja, malvada, celosa, avara con una avaricia rayana en lo anormal, doblada en

dos como si se le hubiera roto la cintura por el eterno movimiento de la plancha sobre las telas, se diría que tenía una especie de amor monstruoso y cínico por la agonía. Solo hablaba de las personas que había visto morir, de todas las variedades de muertes a las que había asistido. Y las contaba con una gran profusión de detalles siempre parecidos, como un cazador habla de las piezas cobradas.

Cuando Honoré Bontemps entró en su casa, la encontró preparando agua con añil, para los cuellos de las aldeanas.

—Buenas tardes. ¿Qué tal le va, tía Rapet?

Ella volvió la cabeza hacia él.

—Así, así. ¿Y a ti?

—¡Oh! A mí, bien. Es mi madre la que anda mal.

—¿Tu madre?

—Sí, mi madre.

—¿Qué tiene tu madre?

—Pues que está en las últimas.

La vieja retiró las manos del agua cuyas gotas, azuladas transparentes le chorreaban hasta la punta de los dedos y caían en el balde.

Preguntó, con súbita simpatía:

—¿Tan mal está?

—El médico dice que no pasa de esta tarde.

—Pues, entonces, sí que está mal.

Honoré titubeó. Necesitaba algunos preámbulos para la propuesta que preparaba. Pero, como no se le ocurría nada, se decidió de golpe:

—¿Cuánto me llevaría por cuidarla hasta el final? Ya sabe que no somos ricos. Ni siquiera puedo pagarme una criada. Es eso lo que la ha puesto así, a mi pobre madre; demasiado trabajo, demasiadas fatigas. Trabajaba por diez, a pesar de sus noventa y dos años. Ya no queda gente como ella.

La Rapet respondió gravemente:

—Hay dos precios: dos francos el día y tres la noche, para los ricos. Un franco el día y dos la noche, para los otros. Tú me darás uno y dos.

Pero el campesino reflexionaba Conocía bien a su madre. Sabía lo tenaz, lo vigorosa y lo resistente que era. Aquello podía durar ocho días, a pesar de la opinión del médico.

Resueltamente, dijo:

—No. Preferiría que me hiciese un precio, vamos, un precio hasta el final. Usted se arriesga y yo también. El médico dice que morirá pronto. Si es así, mejor para usted, peor para mí. Pero si aguanta hasta mañana o más, mejor para mí, peor para usted.

La vieja, sorprendida, miraba al hombre. Nunca había tratado una muerte a destajo. Dudaba, tentada por la idea de probar suerte. Después sospechó que la querían engañar.

—No puedo decir nada hasta que no haya visto a tu madre —contestó.

—Venga a verla.

Ella se secó las manos y lo siguió inmediatamente.

Durante el camino no hablaron nada. Ella andaba de prisa, mientras que él levantaba sus grandes piernas como si debiera, cada paso, atravesar un arroyo.

Las vacas acostadas en los campos, agobiadas por el calor, levantaban la cabeza pesadamente y lanzaban débiles mugidos a aquellas dos personas que pasaban, para pedirles hierba fresca.

Al acercarse a su casa, Honoré Bontemps murmuró:

—¿Y si ya se hubiera acabado?

Y su deseo inconsciente se manifestó en el sonido de su voz. Pero la vieja no se había muerto.

Permanecía echada sobre la espalda, en su camastro, con las manos sobre el cobertor de lana color violeta; unas manos horriblemente delgadas, contraídas, semejantes a animales extraños, a cangrejos, y agarrotadas por los reumatismos, las fatigas, los trabajos casi seculares habían realizado.

La Rapet se aproximó a la cama y miró atentamente a la moribunda. Le tomó el pulso, le palpó el pecho, la oyó respirar, le hizo preguntas para oírla hablar. Después, la contempló todavía buen rato y salió seguida de Honoré. Su opinión estaba formada. La vieja no llegaría a la noche. Él le preguntó:

—¿Entonces, qué?

La mujer respondió:

—Pues que esto durará dos días, quizá tres. Me pagarás seis ricos por todo.

Él exclamó:

—¡Seis francos! ¡Seis francos! ¿Ha perdido la cabeza? Le digo que tiene para cinco o seis horas, no más.

Y los dos discutieron mucho tiempo, encarnizadamente Como la mujer iba a volverse atrás, como el tiempo pasaba, como el trigo no se iba a recoger solo, al fin él aceptó:

—Bueno, de acuerdo. Seis francos.

Y se marchó a grandes zancadas hacia su trigo, tendido en el suelo, bajo el sol pesado que hace madurar las cosechas.

La mujer entró en la casa.

Había traído trabajo. Porque, al lado de los moribundos y de los muertos, trabajaba sin descanso, o bien para ella, o bien para la familia que la empleaba en esta tarea a cambio de un suplemento de salario.

De pronto, preguntó:

—¿La han sacramentado, al menos, tía Bontemps?

La campesina dijo que no con la cabeza. Y la Rapet, que era devota, se levantó con vivacidad.

—¡Santo Dios! ¿Es posible? Voy a buscar al señor cura.

Y se precipitó hacia la rectoral, tan de prisa que los chiquillos en la plaza, viéndola trotar de aquella manera, creyeron que había sucedido alguna desgracia.

El sacerdote vino en seguida, con su sobrepelliz, precedido del monaguillo que tocaba una campanilla para anunciar el paso de Dios por el campo ardiente y en calma. Los hombres que trabajaban a lo lejos, se quitaban sus grandes sombreros y permanecían inmóviles esperando que la blanca vestidura desapareciera detrás de una granja. Las mujeres que recogían las gavillas se enderezaban para hacer la señal de la cruz.

Unas gallinas negras, asustadas, huían a lo largo de las zanjas, balanceándose sobre las patas, hasta el agujero, que conocían bien, donde desaparecían bruscamente. Un potro, atado en un prado, se asustó al ver la sobrepelliz y se puso a dar vueltas al extremo de la cuerda, lanzando coces. El monaguillo, de sotana roja, iba de prisa. Y el sacerdote, con la cabeza inclinada sobre un hombro y

cubierto con su bonete cuadrado, lo seguía murmurando oraciones. Y la Rapet venía detrás, completamente inclinada, doblada en dos, como para prosternarse mientras andaba, y con las manos juntas, como en la iglesia.

Honoré los vio pasar desde lejos.

—¿A dónde va nuestro párroco? —preguntó.

Su jornalero, más sutil, respondió:

—A llevar el Señor a tu madre, pardiez.

El campesino no se asombró:

—Ah, pues podría ser.

Y volvió a la faena.

La tía Bontemps se confesó, recibió la absolución, comulgó. Y el sacerdote se volvió, dejando solas a las dos mujeres en la casucha sofocante.

Entonces, la Rapet empezó a observar a la moribunda, preguntándose si aquello iba a durar mucho.

El día iba declinando. El aire, más fresco, entraba

en ráfagas más fuertes, hacía ondear contra la pared una estampa de Epinal sostenida por dos alfileres. Las cortinillas de la ventana, que habían sido blancas y ahora estaban amarillas y llenas de excrementos de mosca, parecían volar, forcejear, querer irse, como el alma de la vieja.

Ella, inmóvil, con los ojos abiertos, tenía el aspecto de quien espera con indiferencia una muerte muy cercana que tarda en llegar. Su respiración, entrecortada, silbaba un poco en su garganta apretada. Se detendría dentro de un rato, y habría sobre la tierra una mujer menos, a la que nadie añoraría.

Al caer la noche, volvió Honoré. Al acercarse al lecho vio que su madre vivía aún, y preguntó: "¿Qué tal?", como hacía antes, cuando ella no estaba bien.

Después despidió a la Rapet, recordándole:

—Mañana, a las cinco, sin falta.

Ella contestó:
—Mañana, a las cinco.

Llegó, en efecto, al amanecer.

Honoré, antes de irse a sus tierras, comía la sopa que había hecho él mismo.

La mujer preguntó: Y qué, ¿ha muerto tu madre?

Él contestó, con un guiño malicioso:

—Está un poco mejor.

Y se marchó.

La Rapet, presa de inquietud, se acercó a la agonizante, que permanecía en la misma situación, sofocada e impasible, con los ojos abiertos y las manos crispadas sobre el cobertor.

Y la veladora comprendió que aquello podía seguir así dos días, cuatro días, ocho días. Y el espanto oprimió su corazón de avara, mientras que una cólera furiosa la hacía sublevarse contra aquel bribón que la había engañado y contra aquella mujer que no se moría.

Se puso a trabajar, sin embargo, y esperé, con la mirada fija en el rostro arrugado de la tía Bontemps.

Honoré volvió para almorzar. Parecía contento, casi guasón. Después volvió a salir. Realmente, estaba recogiendo el trigo en condiciones óptimas.

La Rapet se exasperaba. Cada minuto que pasaba le parecía, ahora, tiempo robado, dinero robado. Tenía

ganas, unas ganas locas, de coger por el cuello a aquella vieja borrica, a aquella vieja cabezona, a aquella vieja obstinada, y de detener, apretando un poco, aquel leve aliento jadeante que le robaba su tiempo y su dinero.

Después reflexionó sobre el peligro que corría. Y, con otras ideas en la cabeza, se aproximó a la cama.

—¿Ha visto ya al diablo? —preguntó.

La tía Bontemps murmuró:

—No.

Entonces la veladora se puso a charlar, a contarle historias para aterrorizar su alma débil de moribunda.

Unos minutos antes de morir, el diablo se aparecía, según ella, a todos los agonizantes. Tenía una escoba en la mano, un puchero en la cabeza, y lanzaba grandes gritos. Cuando se le veía, era el final, quedaban ya pocos instantes. Y enumeraba todos aquellos a quienes el diablo se había aparecido delante de ella, aquel año: Joséphin Loisel, Eulalie Ratier, Sophie Padagnau, Séraphine Grospied.

La tía Bontemps, conmovida al fin, se agitaba, movía

las manos, trataba de volver la cabeza para mirar hacia el fondo de la habitación.

De pronto, la Rapet desapareció al pie de la cama. En un armario, cogió una sábana y se envolvió en ella. Se tapó la cabeza con el puchero, cuyos tres pies cortos y curvados se levantaban como tres cuernos.

Agarró una escoba con la mano derecha y con la mano izquierda, un cubo de hojalata que lanzó bruscamente al aire para que hiciera ruido al caer.

Al chocar con el suelo, el cubo produjo un estrépito espantoso. Entonces subida en una silla, la veladora levantó la cortina que colgaba al extremo de la cama, y apareció, gesticulando, lanzando unos gritos agudos desde el fondo del pote de hierro que le tapaba la cara, y amenazando con su escoba, como un diablo de guiñol, a la vida campesina agonizante.

Enajenada, con mirada de loca, la moribunda hizo un esfuerzo sobrehumano para incorporarse y escapar. Llegó a sacar de la cama los hombros y el pecho. Después, cayó hacia atrás, con un gran suspiro Todo había terminado.

Y la Rapet, tranquilamente, volvió a colocar en su sitio todos los objetos: la escoba apoyada en el armario, la

sábana dentro, el puchero en el hogar, el cubo en la tabla y la silla contra la pared. Después, con los gestos de una profesional, cerró los ojos enormes de la muerta, puso sobre la cama un plato, vertió dentro el agua bendita de la pila, sumergió en ella la rama de boj que colgaba sobre la cómoda y, arrodillándose, se puso a recitar con fervor las oraciones de los difuntos, que se sabía, por su oficio, de memoria.

Y cuando Honoré volvió, al atardecer, la encontró rezando, y calculó en seguida que ella le había ganado un franco, porque solo habían pasado tres días y una noche, que en total hacían cinco francos, en lugar de los seis que él le debía.

La mano disecada

Un amigo mío, Luis R., tenía reunidos en su casa una noche, hará cosa de ocho meses, a varios camaradas de colegio. Bebíamos ponche y fumábamos, hablando de literatura y pintura y contando de cuando en cuando anécdotas jocosas, como es habitual en reuniones de gente joven. Se abre súbitamente la puerta y entra como un vendaval uno de mis buenos amigos de la infancia:

—¿A que no adivinan de dónde vengo? —exclamó en seguida.

—Apuesto a que vienes de Mabille —contesta uno.

—¡Caray! Vienes demasiado alegre; acabas de conseguir dinero prestado, has enterrado a un tío tuyo o has empeñado el reloj —dice otro.

—Estabas ya borracho, y como te ha dado en la nariz el ponche de Luis, has subido a su casa para emborracharte de nuevo —contesta un tercero.

—No dan en el clavo; vengo de P., en Normandía, donde he pasado ocho días, y traigo de allí a un gran criminal, amigo mío, que les voy a presentar, con su permiso.

Y diciendo y haciendo, sacó del bolsillo una mano

disecada. Era una mano horrible, negra, seca, muy larga y como si estuviese crispada; los músculos, extraordinariamente poderosos, estaban sujetos, interior y exteriormente, por una tira de piel apergaminada; las uñas amarillas, estrechas, cubrían aún las extremidades de los dedos; todo aquello olía a criminal desde una legua de distancia.

—Verán—dijo mi amigo—. Vendían hace unos días los cachivaches de un viejo brujo, muy conocido en la comarca; todos los sábados iba a su aquelarre montado en su palo de escoba, practicaba la magia blanca y la magia negra, hacía que las vacas diesen leche azul y las obligaba a llevar la cola igual que el compañero de San Antonio. Lo cierto es que aquel tunante sentía gran apego hacia esta mano; aseguraba que había pertenecido a un célebre criminal que fue ajusticiado el año mil setecientos treinta y seis, por haber tirado de cabeza a un pozo a su mujer legítima, en lo cual no creo que anduviese descaminado; después ahorcó, del campanario de la iglesia, al cura que los casó. Realizada esta doble hazaña, se lanzó a correr mundo, y durante su carrera, corta pero bien aprovechada, desvalijó a doce viajeros; asfixió, ahumándolos, a una veintena de frailes, y convirtió en serrallo un monasterio de religiosas.

—Y ¿qué vas a hacer con esa monstruosidad? —gritamos todos a una.

—¿Qué? Verán. Voy a ponerla de tirador de la campanilla de la puerta, para asustar a mis acreedores.

—Amigo mío —dijo Henry Smith, un inglés grandulón y flemático—, en mi opinión, esa mano es carne de indio, conservada por un procedimiento nuevo; te aconsejo que la hiervas para hacer caldo.

—Basta de burlas, caballeros —dijo con la mayor seriedad un estudiante de medicina que estaba a dos dedos de la borrachera—; y tú, Pedro, el mejor consejo que puedo darte es que hagas dar tierra cristianamente a ese despojo humano, no vaya a ser que su propietario venga a reclamártelo, sin contar con que quizá esa mano haya adquirido malos hábitos. Ya conoces el refrán: "El que ha matado, matará".

—Y el que ha bebido, beberá —intervino el anfitrión, y acto seguido escanció al estudiante un vaso grande de ponche, que éste se echó al cuerpo de un trago, rodando luego, borracho perdido, debajo de la mesa.

Risas formidables acogieron aquella salida, y Pedro alzó su vaso saludando a la mano:

—Brindo —dijo—por la próxima visita de tu dueño.

Se cambió de conversación, y cada cual se retiró a su casa.

Al día siguiente tuve que pasar por su puerta y entré a

visitarlo; eran cerca de las dos, y me lo encontré leyendo y fumando.

—¿Cómo sigues? —le pregunté.

—Muy bien —me contestó.

—¿Y tu mano?

—Has tenido que verla al tirar de la campanilla, porque la puse anoche allí, cuando llegué a casa. A propósito: se conoce que algún imbécil quiso jugarme una chuscada, porque a eso de la medianoche empezaron a alborotar a mi puerta; pregunté quién era, pero como nadie me contestó, volví a acostarme y me dormí.

En aquel mismo instante tocaron la campanilla; quien llamaba era el propietario de la casa, individuo grosero y muy impertinente. Entró sin saludar.

—Caballero —le dijo a mi amigo—, hágame el favor de quitar en el acto esa carroña que ha colgado usted del cordón de la campanilla, porque de lo contrario me veré obligado a despedirlo.

—Caballero —le contestó Pedro, con gran solemnidad—, ha insultado usted a una mano que no

merece ser tratada así, porque perteneció a un hombre muy bien educado.

El propietario dio media vuelta y se marchó como había entrado. Pedro fue tras él, descolgó la mano y luego la ató a la cuerda de la campanilla que tenía en la alcoba.

—Así está mejor —dijo—. Esta mano, lo mismo que el morir habemos de los trapenses, me hará pensar en cosas serias cuando me vaya a dormir.

Permanecí una hora con mi amigo, me despedí de él y regresé a mi casa.

Aquella noche dormí mal, estaba agitado, nervioso; varias veces me desperté sobresaltado y hasta llegué a imaginarme que había entrado en mi habitación un hombre; me levanté a mirar dentro de los armarios y debajo de la cama; finalmente, cuando empezaba a quedarme transpuesto, a eso de las seis de la mañana, salté de la cama al sentir que llamaban violentamente a mi puerta. Era el criado de mi amigo; venía a medio vestir, pálido y tembloroso.

—¡Ay, señor! —exclamó sollozando—. ¡Han asesinado a mi pobre amo!

Me vestí a toda prisa y corrí a casa de Pedro. La encontré llena de gente que discutía muy agitada; estaban como en ebullición, todos peroraban, relatando el suceso y comentándolo cada cual a su manera. Llegué con grandes dificultades hasta el dormitorio de mi amigo, di mi nombre y me permitieron la entrada. Cuatro agentes de policía estaban de pie en el centro de la habitación, con el carnet en la mano; examinaban todo, cuchicheaban entre sí de cuando en cuando y escribían; dos médicos conversaban cerca de la cama en que Pedro yacía sin conocimiento.No estaba muerto, pero su aspecto era horrible. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos; sus pupilas dilatadas parecían mirar fijamente y con espanto indecible una cosa pavorosa y desconocida; sus dedos estaban crispados y tenía el cuerpo tapado con una sábana que le llegaba hasta la barbilla. Levanté la sábana; se veían en su cuello las marcas de cinco dedos que se habían hundido profundamente en su carne; algunas gotas de sangre manchaban la camisa. Algo me llamó de pronto la atención; miré por casualidad a la campanilla de la alcoba: la mano disecada no estaba allí. Sin duda que los médicos la habrían quitado para que no se impresionasen las personas que tenían que entrar en la habitación, porque era una mano verdaderamente horrible. No pregunté qué había sido de ella.

Doy a continuación, recortado de un periódico del día siguiente, el relato del crimen, con todos los detalles que recogió la Policía:

"Ayer ha sido víctima de un atentado horrible, el joven Pedro B., estudiante de derecho, que pertenece a una de las mejores familias de Normandía. Este joven se retiró a casa a las diez de la noche, y despidió a su criado, el señor Bonvin, diciéndole que estaba cansado y que iba a acostarse en seguida. A eso de la medianoche; el criado se despertó de pronto oyendo que tiraban violentamente de la campanilla que tiene su amo para llamar. Tuvo miedo, encendió una vela y esperó; la campanilla dejó de oírse por espacio de un minuto, pero luego volvió a sonar con tal violencia que el criado, fuera de sí por el espanto, salió corriendo de su habitación y fue a llamar al portero; éste corrió a dar parte a la policía, y los individuos de ésta abrieron a viva fuerza la puerta; había transcurrido un cuarto de hora. Un horrible espectáculo se presentó a sus ojos: los muebles habían sido derribados y todo indicaba que entre la víctima y el malhechor había tenido lugar una lucha terrible. El joven Pedro B. yacía, inmóvil, en medio de la habitación, caído de espaldas, con los miembros rígidos, el rostro lívido y los ojos dilatados de terror; tenía en el cuello las marcas profundas de cinco dedos. El informe del doctor Bordeau, que fue llamado inmediatamente, dice que el agresor debía estar

dotado de una fuerza prodigiosa y que su mano era extraordinariamente enjuta y nerviosa, porque los dedos se habían juntado casi al través de las carnes, dejando cinco agujeros como otros tantos balazos. No existe dato alguno que permita sospechar el móvil del crimen, ni quién pueda ser el autor."

Leíase al siguiente día en el mismo periódico:

"Al cabo de dos horas de cuidados asiduos del doctor Bordeau, el joven Pedro B., víctima del horrible atentado que relatábamos ayer, recobró el conocimiento. Su vida está ya fuera de peligro, pero se abrigan temores por su razón. No existe pista alguna del criminal".

En efecto, mi pobre amigo se había vuelto loco; lo visité todos los días en el hospital durante siete meses; pero ya no recobró la luz de la razón. Durante sus delirios pronunciaba frases extrañas y, como todos los locos, tenía una idea fija, creyéndose perseguido constantemente por un espectro. Un día vinieron a buscarme con urgencia, diciéndome que estaba mucho peor. Lo encontré agonizando. Permaneció durante dos horas muy tranquilo; de pronto, saltó de la cama, a pesar de todos nuestros esfuerzos, y gritó, agitando los brazos, presa de un terror espantoso: "¡Agárrala! ¡Agárrala! ¡Socorro, socorro, que me estrangula!" Dio dos vueltas a la habitación vociferando y cayó muerto, de cara al suelo.

Como era huérfano, tuve que encargarme de trasladar sus restos al pueblecito de P., en cuyo cementerio estaban enterrados sus padres. De ese pueblo regresaba precisamente la noche en que nos encontró bebiendo ponche en casa de Luis, y en que nos enseñó la mano disecada. Se encerró el cadáver en un féretro de plomo; cuatro días más tarde me paseaba yo tristemente en el cementerio donde se le iba a dar sepultura; me acompañaba el anciano sacerdote que le había dado las primeras lecciones.

Hacía un tiempo magnífico; el cielo azul resplandecía de luz; los pájaros cantaban en las zarzas del talud donde él y yo habíamos comido moras muchas veces cuando éramos niños. Creía estar viéndolo aún deslizarse a lo largo del seto vivo y meterse por un pequeño hueco que yo conocía muy bien, allá, al final del terreno de enterramiento de pobres; luego regresábamos a casa con las mejillas y los labios embadurnados del jugo de la fruta que habíamos comido; yo no quitaba mi vista de las zarzas, que ahora estaban llenas de moras; alargué instintivamente la mano, arranqué una y me la llevé a la boca; el cura había abierto su breviario y farfullaba en voz baja sus Oremus, y hasta mis oídos llegaba, desde el extremo de la avenida, el ruido de los azadones de los enterradores, que cavaban la fosa. De pronto, éstos se pusieron a llamarnos; el cura cerró su breviario y fuimos a ver qué querían. Habían tropezado con un féretro.

Hicieron saltar la tapa de un golpe de pico, y nos encontramos ante un esqueleto de estatura desmesurada, que yacía de espaldas y parecía estarnos mirando con las cuencas de sus ojos vacías, como desafiándonos. Sin saber por qué, experimenté yo cierto malestar, casi, casi miedo.

—¡Fíjense! —Exclamó uno de los enterradores—. A este tunante le dieron un hachazo en la muñeca, y aquí está la mano cortada.

Y recogió junto al cuerpo una mano grande, seca, que nos enseñó. Su compañero dijo, riéndose:

—¡Cuidado! Parece como si estuviera mirando, dispuesto a tirársete al cuello para que le devuelvas la mano.

—Amigos míos —dijo el sacerdote—, dejen a los muertos en paz y vuelvan a tapar ese féretro. Cavaremos en otro lugar la fosa del señor Pedro.

Como ya nada tenía que hacer allí, tomé al día siguiente el camino de regreso a París, no sin antes haber dejado cincuenta francos al anciano sacerdote para que celebrase misas en sufragio del alma de aquel muerto cuya sepultura habíamos turbado.

Junto a un muerto

Se moría poco a poco, como se mueren los tísicos. Todos los días lo veía sentarse a eso de las dos, bajo las ventanas del hotel, frente al mar, tranquilo, en un banco del paseo.

Permanecía algún tiempo inmóvil bajo el calor del sol, contemplando con ojos sombríos el Mediterráneo.

A veces dirigía una mirada hacia la alta montaña de cumbres brumosas que cierra el Mentón; luego, con un movimiento muy lento, cruzaba sus largas piernas, tan enflaquecidas que parecían dos huesos alrededor de los cuales flotaba el paño del pantalón, y abría un libro, siempre el mismo.

Entonces, sin variar de postura, leía, leía con los ojos y con el pensamiento: parecía que todo su pobre cuerpo desfalleciente leía, que su alma penetraba, se perdía, desaparecía en aquel libro hasta la hora en que el aire fresco lo hacía toser un poco. Entonces, levantándose, penetraba en el hotel.

Era un alemán alto, de barba rubia, que almorzaba y comía en su cuarto y no hablaba con nadie.

Una vaga curiosidad me atrajo hacia él. Un día me senté a su lado, teniendo yo también en la mano, por el bien parecer, un volumen de poesías de Musset.

Me puse a hojear Rolla.

De pronto mi compañero me preguntó en un francés muy correcto:

—¿Sabe usted alemán, caballero?

—Ni una palabra.

—Lo siento; porque, ya que la casualidad nos ha reunido, le hubiera prestado, le hubiera hecho fijarse en una cosa inestimable: este libro que aquí tengo.

—¿Qué libro es ése?

—Es un ejemplar de mi maestro Schopenhauer, anotado por él. Todas las márgenes, como puede usted ver, están cubiertas con su letra.

Cogí con respeto aquel libro y contemplé aquellos garabatos incomprensibles para mí, pero que revelaban el inmortal pensamiento del mayor destructor de sueños que ha pasado por el mundo.

Entonces los versos de Musset estallaron en mi memoria:

«Voltaire: ¿Duermes y tu sonrisa horrible envuelve aún tu rostro de ironía indecible?»

Y comparé involuntariamente el sarcasmo infantil, el sarcasmo religioso de Voltaire con la irresistible ironía del filósofo alemán, cuya influencia es, a pesar de todo, imborrable.

Aunque muchos protesten, se enfaden, se indignen o se exalten, no hay duda de que Schopenhauer ha marcado a la humanidad con el sello de su desdén y de su desencanto.

Filósofo desengañado, ha derribado las creencias, las esperanzas, las poesías, las quimeras; ha destruido las aspiraciones, ha asolado la confianza de las almas, ha matado el amor, abatiendo el culto ideal de las mujeres, ha destrozado las ilusiones del corazón; realizó la obra más gigantesca de escepticismo que pudo intentarse. Todo lo ha aplastado con su burla. Hoy mismo, los que lo abominan llevan indudablemente, muy a pesar suyo, en sus ideas, reflejos de su pensamiento.

—¿Ha conocido usted en la intimidad a Schopenhauer? —Pregunté al alemán.

—Hasta su muerte, caballero —contestó sonriendo con profundo aire de tristeza.

Me habló de él, refiriéndome la impresión casi sobrenatural que causaba aquel ser extraño a cuantos a él se acercaban.

Me contó la entrevista del “viejo demoledor” con un político francés, republicano, el cual, queriendo ver a aquel hombre, le encontró en una cervecería tumultuosa, sentado entre sus discípulos, seco, arrugado, riendo con una risa inolvidable, mordiendo y desgarrando las ideas y las creencias con una sola palabra, como un perro que de un mordisco deshace los tisúes con que está jugando, y me repitió la frase de aquel francés, que al irse, enloquecido y azorado, exclamaba: “He creído pasar una hora con el diablo”.

Luego, añadió:

—En efecto, tenía una espantosa sonrisa que nos inspiró miedo hasta después de su muerte. Es una anécdota casi desconocida y que puedo contarle si le interesa.

Su voz cansada era interrumpida con frecuencia por los golpes de tos, mientras me refería lo siguiente:

—Schopenhauer acababa de morir, y convinimos que le velaríamos de dos en dos hasta la mañana siguiente.

Estaba de cuerpo presente en una habitación, muy sencilla, amplia y sombría. Dos bujías ardían sobre la mesa de noche.

El rostro no estaba desfigurado. Sonreía. Aquella arruga que conocíamos tan bien se marcaba en el extremo de sus labios; nos parecía que iba a abrir los ojos, a moverse, a hablar.

Su pensamiento, o mejor dicho, sus pensamientos nos envolvían; nos sentíamos más que nunca en la atmósfera de su genio, invadidos, poseídos por él. Su dominio nos parecía más soberano a la hora de su muerte. Un misterio se mezclaba con el poder incomparable de aquel espíritu.

El cuerpo de esos hombres desaparece, pero ellos quedan; y en la noche que sigue a la paralización de su corazón, le aseguro, caballero, que se ofrecen de un modo espantoso.

Hablábamos bajo, siempre de él, recordando frases, fórmulas, aquellas sorprendentes máximas, semejantes a fulgores que iluminasen con algunas palabras las tinieblas de la vida ignorada.

—Me parece que va a hablar —dijo mi camarada.

Y miramos, con una inquietud rayana en miedo, aquel rostro inmóvil que no dejaba de sonreír.

Poco a poco sentimos cierto malestar, opresión y aun desfallecimiento.

—No sé lo que tengo, pero te aseguro que estoy malo —balbucí.

Y entonces notamos que el cadáver olía mal.

Mi compañero me propuso que nos trasladáramos al cuarto inmediato, dejando la puerta abierta; y yo acepté.

Cogí una de las bujías que ardían en la mesa de noche, dejando allí la otra, y nos fuimos a sentar al otro extremo de la habitación de manera que pudiéramos ver desde nuestro sitio la cama y el muerto en plena luz.

Pero nos obsesionaba de continuo; se hubiera dicho que su ser, inmaterial, libre, todopoderoso y dominante, rondaba en torno nuestro; y a veces, el infame olor del cuerpo descompuesto nos alcanzaba, nos penetraba, repugnante y vago.

De pronto nos sentimos estremecidos hasta los huesos: un ruido, un leve ruido había salido del cuarto del muerto. Nuestras miradas se dirigieron hacia él y vimos, sí, señor, vimos perfectamente uno y otro una cosa blanca deslizándose por encima de la cama para caer en el suelo, sobre la alfombra, y desaparecer debajo de una butaca.

De pronto nos pusimos de pie, sin saber que pensar, alocados por un terror estúpido, dispuestos a huir. Luego nos miramos el uno al otro. Estábamos horriblemente pálidos.

El corazón nos latía con tal fuerza que se notaban sus latidos sobre nuestras levitas.

Fui el primero en hablar.

—¿Has visto?

—Sí; he visto.

—¿No está muerto?

—Se halla en estado de putrefacción.

—¿Qué vamos a hacer?

Mi compañero, vacilante, dijo:

—Hay que ir a verlo.

Cogí nuestra bujía y entré delante, registrando con la mirada la extensa habitación de rincones oscuros. Nada se movía. Me acerqué a la cama. Pero permanecí sobrecogido de estupefacción, de espanto: ¡Schopenhauer ya no sonreía! Tenía un gesto horrible: la boca apretada, las mejillas profundamente hundidas.

—¡No está muerto! —Exclamé.

Pero el olor espantoso que me llegaba a las narices me sofocaba. No me movía, mirándolo con fijeza, tan turbado como ante una aparición.

Entonces mi compañero, cogiendo la otra bujía, se agachó. Luego me tocó en el brazo, sin decirme una palabra. Siguiendo su mirada, descubrí en el suelo, bajo la butaca, al lado de la cama, muy blanca, sobre la oscura alfombra, abierta como para morder, la dentadura postiza de Schopenhauer.

El trabajo de la descomposición, que afloja las mandíbulas, la había hecho salirse de la boca.

"Aquel día tuve realmente miedo, caballero"

Y como el sol se acercaba al mar resplandeciente, el alemán tísico se levantó y, después de saludarme, entró en el hotel.

Carta que se encontró a un ahogado

¿Me pregunta usted, señora, si me burlo? ¿No puede usted creer que un hombre no haya sentido jamás amor? Pues bien: no, no he amado nunca, nunca.

¿De qué depende eso? No lo sé… Pero no he sentido jamás ese estado de embriaguez del corazón que llaman amor. Jamás he vivido en ese ensueño, en esa locura, en esa exaltación a que nos lanza la imagen de una mujer, ni me vi nunca perseguido, obsesionado, calenturiento, embebecido por la esperanza o la posesión de un ser convertido de pronto para mí en el más deseable de todos los encantos, en la más hermosa de todas las criaturas, más interesante que todo el universo. En mi vida he llorado ni he sufrido por ninguna de ustedes. Tampoco he pasado las noches en vela pensando en una mujer. No conozco ese despertar que su pensamiento y su recuerdo iluminan.

No conozco tampoco la excitación enloquecedora del deseo, cuando se le espera, y la divina melancolía sentimental, cuando ella ha huido, dejando en el cuarto un perfume sutil de violeta y de carne.

Jamás he amado.

Muy a menudo me he preguntado a qué es esto debido y, verdaderamente, no lo sé muy bien. Aunque llegué a encontrar varias razones, se refieren a la metafísica, y no sé si las apreciará usted.

Analizo demasiado a las mujeres para dejarme dominar por sus encantos. Pido a usted mil perdones por esta confesión que explicaré. Hay en toda criatura dos naturalezas diferentes: una moral y otra física.

Para amar tendría que descubrir, entre esas dos naturalezas, una armonía que no hallé jamás. Siempre una de las dos hállase a mayor altura que la otra; unas veces la naturaleza física, y otras la moral.

La inteligencia que tenemos el derecho de exigir a una mujer para amarla no tiene nada de común con la inteligencia viril. Es más y es menos. Es menester que una mujer tenga el entendimiento franco, delicado, sensible, fino, impresionable. No necesita dominio ni iniciativa en el pensamiento, pero es menester que tenga bondad, elegancia, ternura, coquetería y esa facultad de asimilación que en poco tiempo la hace semejante al hombre, cuya vida comparte. Su primerísima cualidad debe ser la sutileza, ese delicado sentido que es para el alma lo que el tacto es para el cuerpo. La revelan mil cosas insignificantes: los contornos, los ángulos y las formas en el orden intelectual.

Las mujeres bonitas, en general, no tienen una inteligencia en consonancia con su persona. A mí, el menor defecto de concordia me hiere la vista al primer momento. Esto no tiene importancia en la amistad, que es un pacto en el cual se transige con los defectos y las cualidades. Se puede, al juzgar a un amigo o a una amiga, dándose cuenta de sus buenas condiciones, prescindir de las malas y apreciar con exactitud su valor, abandonándose a una simpatía íntima, profunda y encantadora.

Para amar, hay que ser ciego, entregarse completamente, no ver nada, no razonar, no comprender. Hay que hallarse dispuesto a adorar las debilidades tanto como las bellezas y, para esto, renunciar a todo juicio, a toda reflexión, a toda perspicacia.

Soy incapaz de cegarme hasta ese punto y muy rebelde a la seducción no razonada.

Pero no es esto todo. Tengo tan elevado concepto de la armonía, que nada realizará nunca mi ideal. ¡Va usted a tacharme de loco! Escúcheme. Una mujer, a mi juicio, puede tener un alma deliciosa y un cuerpo encantador, sin que su alma y su cuerpo estén perfectamente de acuerdo. Quiero decir que las personas que tienen la nariz de una forma especial no pueden pensar de cierto modo. Los gruesos no tienen el derecho de usar las mismas palabras que los delgados.

Señora: usted, que tiene los ojos azules, no puede observar la existencia, juzgar las cosas y los acontecimientos como si tuviera los ojos negros. Los matices de su mirada deben corresponder fatalmente con los matices de su pensamiento. Para comprender todo esto tengo el olfato de un perro perdiguero. Ríase si le place, pero es tal como lo digo. Creí, sin embargo, haber amado un día durante una hora. Me dejé dominar tontamente por la influencia de las circunstancias que nos rodeaban. Me había dejado seducir por un espejismo boreal. ¿Quiere usted que le refiera esta historia?

Una noche me tropecé con una encantadora personita, muy exaltada, la cual, para satisfacer una fantasía poética, quería pasar la noche conmigo en una lancha, en medio del río; yo hubiera preferido un cuarto y una cama, pero, a pesar de todo, acepté la barca y el río.

Estábamos en el mes de junio. Mi amiga había escogido una noche de luna para dar rienda suelta a su exaltación.

Comimos en un ventorrillo, a la orilla del agua, y a las diez nos embarcamos. La aventura me parecía estúpida; pero como mi compañera me gustaba, no me enfadé. Sentándome en el banco frente a ella, cogí los remos y partimos.

No podía negar que el espectáculo era encantador. Bordeábamos una isla montañosa, llena de ruiseñores, y la corriente nos impulsaba rápidamente por el agua, cubierta de reflejos plateados. Por doquiera oíamos el grito monótono y claro de los sapos; croaban las ranas en las orillas, y los rumores del agua corriente formaban alrededor nuestro un sonido confuso, casi imperceptible, inquietante, que nos daba una vaga sensación de miedo misterioso.

El encanto de las noches cálidas y de las aguas brillantes con el reflejo de la luna nos invadía.

Daba gusto vivir y, navegando de aquel modo, soñar y sentir al lado de una mujer tierna y hermosa.

Me encontraba algo conmovido, emocionado, embriagado por la claridad de la luna y con la obsesión de mi compañera. "Siéntese usted a mi lado", me dijo. Obedecí. Ella repuso: "Dígame versos". Pareciéndome demasiado, me negué a complacerla. Insistió. Decididamente le gustaban las cosas por todo lo alto; quería que se tocara la cuerda del sentimiento a toda orquesta, desde la luna hasta la rima. Acabé por ceder y le recité, por burla, una deliciosa composición de Luis Bouilhet, cuyas estrofas dicen:

Odio ante todo al lagrimoso vate
que frente al estrellado firmamento
musita un nombre, al que sin Lisa o Juana
le parece vacío el universo.

¡Oh, qué graciosa gente la que cuelga
faldas sobre la fronda de los llanos,
y en la verde colina cofias blancas
para que el mundo tenga algún encanto!

¿Qué sabe de la música divina,
vibrante voz de la Natura eterna,
quién no gusta de ir solo en las cañadas
y al susurrar del bosque sueña en hembras?

Creí que se enfadaría, mas no fue así.

—¡Qué verdad es eso! —murmuró.

Quede estupefacto. ¿Habría comprendido?

Poco a poco nuestra barca se acercó a la orilla, penetrando bajo un sauce, que la detuvo. Cogiendo a mí compañera por el talle, acerqué con dulzura los labios a su cuello. Pero me rechazó con un movimiento irritado y brusco, diciendo:

—¡Suélteme! ¡Es usted un grosero!

Procuré atraerla. Ella se defendía y, agarrándose al árbol, por poco vamos al agua. Juzgué prudente desistir de mis pretensiones. Entonces ella dijo:

—Le ruego que siga remando. ¡Estoy tan bien aquí! ¡Sueño! ¡Es tan agradable!

Después, con un poco de ironía en el acento, añadió:

—¿Tan pronto ha olvidado usted los versos que acaba de recitar?

Era justo. Callé.

—Vamos, reme usted —me dijo, y cogí de nuevo los remos.

Empezaba a parecerme la noche muy larga, y ridícula mi actitud.

Mi compañera me preguntó:

—¿Quiere usted hacerme una promesa?

—Sí. ¿Cuál?

—Permanecer tranquilo y correcto, discretamente, mientras yo…

—¿Qué?

—Verá usted. Quisiera echarme en el fondo de la barca, a su lado, mirando las estrellas.

—Comprendo —exclamé.

—No, no comprende usted —replicó ella.—Vamos a echarnos uno al lado del otro; pero le prohíbo que me toque, que me abrace; en fin…, que…, que me acaricie…

Prometí. Entonces ella advirtió:

—Si hace usted un movimiento inconveniente, haré zozobrar la barca.

Y nos echamos en el suelo, uno al lado del otro. Los vagos balanceos de la canoa nos mecían. Los ligeros rumores de la noche, llegando más distintos al fondo de la embarcación, nos hacían vibrar, estremeciéndonos. ¡Sentía crecer en mí una extraña y punzante emoción, una ternura infinita, algo como una necesidad de abrir los brazos para estrechar en ellos alguna cosa, y el corazón para amar, de entregarme a alguien, de entregar mis pensamientos, mi cuerpo, mi vida, todo mi ser!

Mi compañera murmuró como en un sueño:

—¿En dónde estamos? ¿Dónde vamos que parece que

abandono este mundo? ¡Qué dulzura más grande! ¡Oh! Si me amara usted… un poco.

El corazón me latía con violencia. Nada pude responder; me pareció que la amaba. No sentía ningún deseo violento. Estaba muy bien de aquel modo a su lado; me parecía suficiente aquello.

Y permanecimos largo rato, largo rato, inmóviles. Nos habíamos cogido una mano; una fuerza misteriosa nos contenía: una fuerza desconocida, superior, una alianza pura, íntima, absoluta de nuestros cuerpos que eran el uno del otro sin tocarse. ¿Qué significaba aquello? ¿Lo sé yo? ¿Amor quizá?

El día clareaba poco a poco. Eran las tres de la madrugada. Lentamente una inmensa claridad invadía el cielo. La canoa tropezó con algo. Me incorporé: habíamos llegado a un islote.

Permanecía en éxtasis, encantado. Frente a nosotros, en toda la extensión, el firmamento se iluminaba de un rojo violáceo, salpicado de nubes entrelazadas semejantes a un humo dorado. El río estaba de color purpúreo y tres casas de la orilla parecían arder.

Me incliné hacia mi compañera para decirle:

—Mire usted.

Pero me callé de pronto enloquecido y solamente la vi a ella. También ella estaba bañada en la luz rosada, un rosa de carne mezclado con un poco del matiz del cielo. Sus cabellos eran de color de rosa, de color de rosa eran también sus ojos y sus dientes, su traje, sus encajes, su sonrisa. Todo era del color de rosa. Y tan enloquecido estaba que creí tener a la aurora ante mí.

Se levantó dulcemente tendiéndome sus labios. Me incline hacia ellos, estremecido, delirante; sintiendo muy bien que iba a besar el cielo, la dicha, un sueño convertido en mujer, un ideal descendido a la humanidad.

Pero entonces ella me dijo:

—Tiene usted una oruga en el pelo.

¡Y por esto sonreía!

Me pareció que había recibido un fuerte golpe en la cabeza.

De pronto me sentí como si hubiera perdido toda la esperanza que tenía en el mundo.

…

Esto es todo, señora. Es pueril, tonto, estúpido. Desde ese día creo que no amaré jamás… Pero… ¿quién sabe?

…

[El joven sobre cuyo cuerpo se halló esta carta fue sacado ayer del Río Sena, entre Bougival y Marly. Un marinero compasivo, que lo había registrado para saber su nombre, presentó el papel que acabamos de copiar.]

Las tumbales

Estaban acabando de cenar. Eran cinco amigos, ya maduros, todos hombres de mundo y ricos; tres de ellos casados, los otros dos solteros. Se reunían así todos los meses, en recuerdo de sus tiempos mozos; acabada la cena, permanecían conversando hasta las dos de la madrugada. Seguían manteniendo amistad íntima, les agradaba verse juntos, y eran tal vez aquellas veladas las más felices de su vida. Charlaban de todo, de todo lo que al hombre de París interesa y divierte. Al estilo de los salones de entonces, hacían de viva voz un repaso de lo leído en los diarios de la mañana.

Uno de los más alegres entre los cinco era José de Bardón, soltero, quien solo pensaba en vivir de la manera más caprichosa la vida parisiense. No era un libertino, ni un depravado; más bien era versátil, el calaverón todavía joven, porque apenas alcanzaba los cuarenta. Hombre de mundo, en el más amplio y benévolo sentido que se puede asignar al vocablo, estaba dotado de mucho ingenio, aunque no de gran profundidad; enterado de muchas cosas, no llegaba por eso a ser un verdadero erudito; rápido en el comprender, pero sin verdadero dominio de las materias, convertía sus observaciones y aventuras —cuanto veía, se encontraba o descubría —en episodios

de novela a un tiempo cómica y filosófica, y en comentarios humorísticos que le daban en la capital fama de hombre inteligente.

Le correspondía en aquellas cenas el papel de orador. Se daba por descontado que siempre contaría algún lance, y él llevaba su cuento preparado. No aguardó, para entrar en materia, a que se lo pidiesen. Fumando, con los codos sobre la mesa, una copita de fine champagne a medio llenar delante de su platillo, entumecido por aquella atmósfera de humo de tabaco aromatizado por el vaho del café caliente, se sentía en su propio elemento, como ciertos seres que en determinados lugares y circunstancias parecen estar como en casa; por ejemplo: una beata en la iglesia o un pez de colores en su globo de cristal. Entre bocanada y bocanada de humo, comenzó a decir:

—Me ocurrió no hace mucho una curiosa aventura.

De todas las bocas salió casi a un tiempo la misma petición:

¡Venga!

Él prosiguió:

—Allá voy. Ya saben que yo recorro París como los coleccionistas de chucherías los escaparates. Ando al acecho de escenas, de tipos, de cuanto pasa por la calle y de cuanto en la calle ocurre.

Hacia la mitad de septiembre, con unos días magníficos, salí de casa por la tarde, sin rumbo fijo. Más o menos, nunca falta ese deseo indefinido de visitar a una mujer bonita cualquiera. Se hace un repaso mental de las que conocemos, comparándolas, sopesando el interés que nos inspiran, el encanto que sobre nosotros ejercen, y se deja uno llevar por la preferida del día. Pero un sol hermoso y una atmósfera tibia borran muchas veces las ganas de hacer visitas.

Esa tarde hacía un sol hermoso y una atmósfera tibia; encendí un cigarro y me dejé ir, sin pensarlo siquiera, hacia los bulevares exteriores. Caminando sin rumbo ni propósito, me asaltó de improviso la idea de seguir hasta el cementerio de Montmartre y penetrar en él. A mí me gustan mucho los cementerios; responden a la necesidad que siento de sosiego y de melancolía. Hay en ellos, además, buenos amigos a los que ya nadie visita; yo sí voy a verlos de cuando en cuando. En ese cementerio de Montmartre, precisamente, tengo un capítulo de amor, una querida que me hizo sufrir mucho y sentir mucho: una mujercita adorable, cuyo recuerdo me

deja profundamente dolorido, pero también pesaroso... pesaroso por muchos conceptos... Sobre su tumba suelo abandonarme a mis pensamientos… Todo ha acabado para ella.

Mi amor a los cementerios nace también de que son ciudades enormes, habitadas por un número prodigioso de personas. Imagínense la cifra de muertos que habrá en espacio tan reducido, la cantidad de generaciones de parisienses que están alojadas allí para siempre, trogloditas perpetuos, encerrados cada cual en su pequeña bóveda cubierta con una piedra o marcada con una cruz, mientras los imbéciles de los vivos exigen tanto espacio y arman tanto estrépito.

Hay más aún: en los cementerios hallamos monumentos casi tan interesantes como en los museos. Tengo que decir que la tumba de Cavaignac me ha traído el recuerdo de la obra maestra de Jean Goujon, la estatua yacente de Luis de Brézé, en la capilla subterránea de la catedral de Ruán; de ahí ha salido, señores, ese arte que llamamos moderno y realista. La estatua yacente de Luis de Brézé tiene más de verdad, más de carne que se quedó petrificada en las convulsiones de la agonía que todos los cadáveres dislocados que hoy se someten al tormento sobre las tumbas.

Puédese admirar también en el cementerio de Montmartre el monumento de Baudin, obra que tiene cierta majestad; el de Gautier, el de Murger. ¿Quién depositaría en éste la solitaria y modesta corona de amarillas siemprevivas que vi yo hace poco? ¿Las llevó la última superviviente de sus alegres modistillas, viejísima ya y tal vez hoy portera de algún inmueble de los alrededores? ¡El monumento tiene una linda estatuilla de Millet, carcomida de suciedad y de abandono! ¡Para que cantes a la juventud, oh, Murger!

Entré, pues, en el cementerio de Montmartre, y me sentí de pronto impregnado de tristeza, pero no de una tristeza exagerada, sino de una de esas tristezas capaces de sugerir al hombre que goza de buena salud esta reflexión: No es muy alegre este lugar; pero de aquí a que yo venga ha de pasar un tiempo... El ambiente de otoño, con su olor a tibia humedad de hojas muertas y sol extenuado, mortecino y anémico, agudiza, envolviéndola en poesía, la sensación de soledad, de acabamiento definitivo que flota sobre aquel lugar en el que el hombre husmea la muerte.

Iba adelantando a paso lento por las calles de tumbas en las que los vecinos no se tratan ni se acuestan por parejas ni leen los periódicos. Pero yo sí que me puse a leer los epitafios. Les aseguro que es la cosa más divertida

del mundo. Ni Labiche ni Meilhac me han movido jamás a risa tanto como la comicidad de la prosa sepulcral. Las planchas de mármol y las cruces en que los deudos de los muertos dan rienda suelta a su dolor, hacen votos por la felicidad del que se fue y pintan el anhelo que los acucia de ir a reunirse con él, son más eficaces que las mismas obras de Paul de Kock para descongestionar el hígado... ¡Vaya bromistas!

Lo que mayor reverencia me inspira en este cementerio es la parte abandonada y solitaria, poblada de grandes tejos y cipreses, viejo barrio de los muertos antiguos que ha de convertirse pronto en un barrio flamante, cuando se derriben los árboles verdes, nutridos con savia de cadáveres humanos, para ir colocando en fila, debajo de pequeñas chapas de mármol, a los difuntos recientes. Cuando, a fuerza de vagabundear por allí, sentí aligerado mi espíritu, supe comprender que la insistencia traería el aburrimiento y que no me quedaba por hacer otra cosa que llevar el homenaje fiel de mi recuerdo al lecho postrero de mi amiguita.

Al acercarme a su tumba, experimenté una ligera angustia. ¡Pobre mujercita querida, tan gentil, tan apasionada, tan blanca, tan lozana como era!... Mientras que ahora..., si esa losa se alzase... Asomado por encima de la verja de hierro, le expresé, muy quedo, mi aflicción,

completamente seguro de que ella no me oía. Disponíame a partir, cuando vi que se arrodillaba junto a la tumba de al lado una mujer vestida de negro, de luto riguroso. El velo de crespón, echado hacia atrás, dejaba al descubierto una linda cabeza rubia, y sus cabellos, partidos en dos bandas laterales simétricas, brillaban con reflejos de luz de aurora, entre la noche de su tocado. Me quedé donde estaba.

No cabía duda de que el dolor que la aquejaba era profundo. Sepultados los ojos en las palmas de las manos, rígida como estatua que medita, volando en alas de sus pesares, desgranando a la sombra de sus ojos ocultos y cerrados las cuentas del rosario torturador de sus recuerdos, se le hubiera podido tomar por una muerta que estaba pensando en un muerto. Adiviné de improviso que iba a romper a llorar; lo adiviné por un movimiento apenas perceptible de sus espaldas, algo así como un escalofrío del viento en un sauce. Al suave llanto de los primeros momentos sucedió otro más fuerte, acompañado de rápidas sacudidas del cuello y de los hombros. Dejó ver de pronto sus ojos. Estaban cuajados de lágrimas y eran encantadores; los paseó en torno suyo, y tenían expresión de loca que parece despertar de una pesadilla. Cayó en la cuenta de que yo la miraba y ocultó, como avergonzada, el rostro entre las manos. Sus sollozos se hicieron convulsivos y su cabeza se fue

inclinando lentamente hacia el mármol. Apoyó en él su frente, y el velo, que se desplegó en torno de ella, vino a cubrir los ángulos blancos de la sepultura amada como una pena nueva. La oí gemir y, de pronto, se desplomó, quedando inmóvil y sin conocimiento, con la mejilla apoyada en la loseta.

Me precipité hacia ella, le di golpecitos en las manos, le soplé sobre los párpados, y entre tanto recorría con mi vista el sencillo epitafio: «Aquí descansa Luis—Teodoro Carrel, capitán de infantería de marina, muerto por el enemigo en Tonquín. Rogad por él». La muerte databa de algunos meses. Me enternecí hasta derramar lágrimas y puse doble interés en mis cuidados. Fueron eficaces y ella volvió en sí. Mi emoción se reflejaba en mi rostro —no soy mal parecido, aún no he cumplido los cuarenta. Me bastó su primera mirada para comprender que sería atenta y agradecida. Lo fue, después de otro acceso de lágrimas y de contarme su historia, que fue saliendo entrecortada de su pecho anhelante; cómo al año de casados cayó el oficial muerto en Tonquín, y cómo había sido el suyo un matrimonio de amor, porque ella era huérfana de padre y madre, y apenas disponía de la dote reglamentaria. Le di ánimos, la consolé, la incorporé, la levanté del suelo y luego le dije:

—No debe permanecer aquí. Venga.

Ella murmuró:

—Me siento incapaz de caminar.

—Yo la sostendré.

—Gracias, caballero, es usted bondadoso. ¿También usted ha venido a llorar a algún muerto?

—También, señora.

—¿Tal vez a una mujer?

—A una mujer, sí, señora.

—¿Su esposa?

—Una amiga mía.

—Se puede querer a una amiga tanto como a su propia esposa, la pasión no reconoce ley.

—Exacto, señora.

Y hétenos en marcha, juntos los dos, ella apoyándose en mí, yo llevándola casi en brazos por los caminos del cementerio. Fuera ya de éste, murmuró con acento desfallecido:

—Temo que me vaya a dar un desmayo.

—¿Por qué no entramos en algún sitio? Podría tomar usted alguna cosa.

—Entremos, sí, señor.

Descubrí un restaurante, uno de esos establecimientos en los que los amigos del difunto celebran haber cumplido ya con la pesada obligación. Entramos. Hice que bebiese una taza de té bien caliente, y esto pareció reanimarla. Se esbozó en sus labios una tenue sonrisa. Me habló de sí misma. Era triste, muy triste, encontrarse sola en la vida; sola siempre en casa, noche y día; sin tener ya nadie a quien dar su cariño, su confianza, su intimidad. Tenía visos de sincero todo aquello. Dicho por tal boca, resultaba un encanto. Me enternecí. Era muy joven, quizá de veinte años. Le dirigí algunos cumplidos, que ella aceptó con agrado. Me pareció que aquello se alargaba demasiado y me brindé a llevarla a su casa en carruaje. Aceptó, y dentro ya del coche nos quedamos tan juntos, hombro con hombro, que el calor de nuestros cuerpos se mezclaba a través de la ropa, que es una cosa que a mí me trastorna por completo.

Al detenerse el carruaje frente a su casa, me dijo ella en un susurro:

—Vivo en el cuarto piso, y me siento sin fuerzas para llegar por mi pie hasta arriba. Puesto que ha sido tan bondadoso, ¿quiere darme una vez más su brazo para subir a mis habitaciones?

Me apresuré a aceptar. Subió despacio, jadeando mucho. Cuando estuvimos frente a su puerta, agrego:

—Entre usted y pase conmigo unos momentos para que pueda darle las gracias.

Entré, ¡vaya si entré! El interior era modesto, casi tirando a pobre, pero sencillo y muy en orden. Nos sentamos, el uno junto al otro, en un pequeño canapé, y otra vez me habló ella de su soledad. Llamó a su criada, con intención de ofrecerme alguna bebida, pero la criada no acudió, con grandísimo contento mío. Supuse que la tendría nada más que para las mañanas; lo que se llama una asistencia. Se había quitado el sombrero. Era un verdadero encanto de mujer, y sus ojos claros se clavaban en mí; se clavaban de tal manera y eran tan claros, que sentí una tentación terrible, y me dejé llevar de la tentación. La cogí entre mis brazos, y sobre sus párpados, que se cerraron de pronto, puse besos... y besos... y cada vez más besos. Ella forcejeaba, rechazándome, a la vez que repetía:

—Acabe…, acabe…, acabe ya.

¿En qué sentido lo decía? Dos por lo menos puede tener, en situaciones semejantes, el verbo acabar. Yo le di el que era de mi gusto, y salté de los ojos a la boca para hacerla callar. No llevó su resistencia al extremo; y cuando, después de tamaño insulto a la memoria del capitán muerto en Tonquín, volvimos a mirarnos, vi en ella una expresión de languidez, enternecimiento y resignación, que disipó mis inquietudes. Entonces me mostré galante, solícito, agradecido. Después de otra charla íntima de casi una hora, le pregunté:

—¿Dónde acostumbra cenar?

—En un pequeño restaurante aquí cerca.

—¿Completamente sola?

—Desde luego.

—¿Quiere cenar conmigo?

—¿Dónde va a ser?

—En un buen restaurante del bulevar.

Se mostró un poco reacia. Insistí, y ella se rindió, diciendo para justificarse a sí misma:

—Me aburro tanto…, tanto.

Y agregó a continuación:

—Es preciso que me ponga un vestido menos lúgubre.

Se metió en su dormitorio y cuando reapareció vestía de alivio luto; estaba encantadora, delicada y esbelta con su sencillísimo vestido gris. Tenía, por lo visto, trajes distintos para el cementerio y para la ciudad. La cena fue cordial. Bebió champaña, se enardeció, cobró valor y yo me recogí a su casa con ella.

Esta conexión, trabada sobre las tumbas, duró cerca de tres semanas. Pero todo cansa, y aún más las mujeres. La dejé, alegando como pretexto cierto viaje ineludible. Me despedí con mucha esplendidez, lo que me valió su efusivo agradecimiento. Me hizo prometer, me hizo jurar que volvería a visitarla a mi regreso. Parecía que, en efecto, me hubiese tomado algo de cariño.

Corrí en busca de otras ternuras, y transcurrió casi un mes sin que el pensamiento de entrevistarme otra vez con aquella delicada amante funeraria se me presentase con fuerza tal que me obligase a ceder a él. A decir verdad, nunca la olvidé por completo. Me asaltaba a menudo su recuerdo como un misterio, como un problema de psicología, como una de esas cuestiones inexplicables

cuya solución nos aguijonea. Sin saber por qué sí ni por qué no, vino a figurárseme cierto día que otra vez iba tropezar con ella en el cementerio de Montmartre y allí me fui.

Largo rato anduve paseando sin encontrar más que a las visitas corrientes de aquel lugar, es decir, personas que no han roto del todo sus lazos con los muertos. Ninguna mujer derramaba lágrimas sobre la tumba del capitán muerto en Tonquín, ni había flores ni coronas sobre el mármol. Pero al desviarme por otro barrio de aquella gran ciudad de difuntos, descubrí de pronto, al final de una estrecha avenida de cruces, a una pareja, hombre y mujer, que venían en dirección a donde yo estaba. ¡Qué asombro! ¡Era ella! ¡La reconocí cuando se acercaron!

Me vio, se ruborizó y, al rozar yo con ella de pasada, me dirigió un guiño imperceptible que quería decir: «Haga como que no me conoce», pero que también debía de entenderse como: «No dejes de verme, amor mío».

Su acompañante era un caballero distinguido, elegante, oficial de la Legión de Honor, como de cincuenta años. La iba sosteniendo como yo mismo la sostuve cuando salimos del cementerio. Me alejé de allí, estupefacto, dudando aún de lo que había visto, preguntándome en qué clasificación biológica habría que colocar a la cazadora sepulcral. ¿Era una chica cualquiera, una

prostituta inspirada que hacía sobre las tumbas su cosecha de hombres tristes, apegados a la memoria de una mujer, esposa o amante, y sacudidos todavía por el recuerdo de las caricias que se fueron para siempre? ¿Era ella la única? ¿Existen otras más? ¿Se trata de una verdadera profesión? ¿Corren unas el cementerio como otras corren la acera? ¡Cazadoras sepulcrales! ¿O es que tuvo ella acaso la idea admirable, de una filosofía profunda, de explotar la necesidad de un amor que quienes lo perdieron sienten reavivarse en aquellos lugares fúnebres?

¡Me hubiera gustado saber el nombre del difunto de quien había enviudado por aquel día!

El asesino

El culpable era defendido por un jovencísimo abogado, un novato que habló así:

—Los hechos son innegables, señores del jurado. Mi cliente, un hombre honesto, un empleado irreprochable, bondadoso y tímido, ha asesinado a su patrón en un arrebato de cólera que resulta incomprensible. ¿Me permiten ustedes hacer una sicología de este crimen, si puedo hablar así, sin atenuar nada, sin excusar nada? Después ustedes juzgarán.

Jean—Nicolas Lougère es hijo de personas muy honorables que hicieron de él un hombre simple y respetuoso. Este es su crimen: ¡el respeto! Este es un sentimiento, señores, que nosotros hoy ya no conocemos, del que únicamente parece quedar todavía el nombre, y cuya fuerza ha desaparecido. Es necesario entrar en determinadas familias antiguas y modestas, para encontrar esta tradición severa, esta devoción a la cosa o al hombre, al sentimiento o a la creencia revestida de un carácter sagrado, esta fe que no soporta ni la duda ni la sonrisa ni el roce de la sospecha.

No se puede ser un hombre honesto, un hombre honesto de verdad, con toda la fuerza que este término

implica, si no se es respetuoso. El hombre que respeta con los ojos cerrados, cree. Nosotros, con nuestros ojos muy abiertos sobre el mundo, que vivimos aquí, en este palacio de justicia que es la cloaca de la sociedad, donde vienen a parar todas las infamias, nosotros que somos los confidentes de todas las vergüenzas, los defensores consagrados de todas las miserias humanas, el sostén, por no decir los defensores de todos los bribones y de todos los desvergonzados, desde los príncipes hasta los vagabundos de los arrabales, nosotros que acogemos con indulgencia, con complacencia, con una benevolencia sonriente a todos los culpables para defenderlos delante de ustedes, nosotros que, si amamos verdaderamente nuestro oficio, armonizamos nuestra simpatía de abogado con la dimensión del crimen, nosotros ya no podemos tener el alma respetuosa. Vemos demasiado este río de corrupción que fluye de los más poderosos a los últimos pordioseros, sabemos muy bien cómo ocurre todo, cómo todo se da, cómo todo se vende. Plazas, funciones, honores, brutalmente a cambio de un poco de oro, hábilmente a cambio de títulos y de lotes de reparto en las empresas industriales, o simplemente por un beso de mujer. Nuestro deber y nuestra profesión nos fuerzan a no ignorar nada, a desconfiar de todo el mundo, ya que todo el mundo es sospechoso, y quedamos sorprendidos cuando nos encontramos enfrente de un hombre que tiene, como el asesino sentado delante de ustedes, la

religión del respeto tan arraigada como para llegar a convertirse en un mártir.

Nosotros, señores, hacemos uso del honor igual que del aseo personal, por repugnancia a la bajeza, por un sentimiento de dignidad personal y de orgullo; pero no llevamos al fondo del corazón la fe ciega, innata, brutal, como este hombre.

Déjenme contarles su vida.

Fue educado, como se educaba antaño a los niños, dividiendo en dos clases todos los actos humanos: lo que está bien y lo que está mal. Se le enseñó el bien, con una autoridad tan irresistible, que se le hizo distinguir del mal como se distingue el día de la noche. Su padre no pertenecía a esa raza de espíritus superiores que, mirando desde lo alto, ven los orígenes de las creencias y reconocen las necesidades sociales de donde nacen estas distinciones.

Creció, pues, religioso y confiado, entusiasta e íntegro.

Con veintidós años se casó. Se le hizo casar con una prima, educada como él, sencilla como él, pura como él. Tuvo cierta suerte inestimable de tener por compañía una honesta mujer virtuosa, es decir, lo que hay de más escaso y respetable en el mundo. Tenía hacia su madre la veneración que rodea a las madres en las

familias patriarcales, el culto profundo que se reserva a las divinidades. Trasladó sobre su madre un poco de esta religión, apenas atenuada por las familiaridades conyugales. Y vivió en una ignorancia absoluta de la picardía, en un estado de rectitud obstinada y de tranquila dicha que hizo de él un ser aparte. No engañando a nadie, no sospechaba que se le pudiera engañar a él.

Algún tiempo antes de su boda había entrado como contable en la empresa del señor Langlais, asesinado por él hace unos días.

Sabemos, señores del jurado, por los testimonios de la señora Langlais, de su hermano, el señor Perthuis, asociado de su marido, de toda la familia y de todos los empleados superiores de este banco, que Lougère fue un empleado modelo, ejemplo de probidad, de sumisión, de dulzura, de deferencia hacia sus jefes y ejemplo de regularidad.

Se le trataba, por otra parte, con la consideración merecida por su conducta ejemplar. Estaba acostumbrado a este respeto y a la especie de veneración manifestada a la señora Lougère, cuyo elogio estaba en boca de todos.

Unos días después, ella murió de unas fiebres tifoideas.

Él sintió seguramente un dolor profundo, pero un

dolor frío y tranquilo en su corazón metódico. Solo se vio en su palidez y en la alteración de sus rasgos hasta qué punto había sido herido.

Entonces, señores, ocurrió algo muy natural.

Este hombre estaba casado desde hacía diez años. Desde hacía diez años tenía la costumbre de sentir una mujer cerca de él, siempre. Estaba acostumbrado a sus cuidados, a esta voz familiar cuando uno llega a casa, al adiós de la tarde, a los buenos días de la mañana, a ese suave sonido del vestido, tan del gusto femenino, a esta caricia ora amorosa, ora maternal que alivia la existencia, a esta presencia amada que hace menos lento el transcurrir de las horas. Estaba también acostumbrado a la condescendencia material de la mesa, a todas las atenciones que no se notan y que se vuelven poco a poco indispensables. Ya no podía vivir solo. Entonces, para pasar las interminables tardes, cogió la costumbre de ir a sentarse una hora o dos a la cervecería vecina. Bebía un bock y se quedaba allí, inmóvil, siguiendo con una mirada distraída las bolas de billar corriendo una detrás de la otra bajo el humo de las pipas, escuchando, sin pensar en ello, las disputas de los jugadores, las discusiones de los vecinos sobre política y las carcajadas que provocaban a veces una broma pesada al otro extremo de la sala. Acababa a menudo por quedarse dormido de lasitud y

aburrimiento. Pero tenía en el fondo de su corazón y de sus entrañas, la necesidad irresistible de un corazón y de un cuerpo de mujer; y sin pensarlo, se fue aproximando, un poco cada tarde, al mostrador donde reinaba la cajera, una rubia pequeña, atraído hacia ella invenciblemente por tratarse de una mujer.

Pronto conversaron, y él cogió la costumbre, muy agradable, de pasar todas las tardes a su lado. Era graciosa y atenta como se tiene que ser en estos amables ambientes, y se divertía renovando su consumición lo más a menudo posible, lo cual beneficiaba al negocio. Pero cada día Lougère se ataba más a esta mujer que no conocía, de la que ignoraba toda su existencia y que quiso únicamente porque no veía otra.

La muchacha, que era astuta, pronto se dio cuenta que podría sacar partido de este ingenuo y buscó cuál sería la mejor forma de explotarlo. Lo más seguro era casarse.

A esta conclusión llegó sin remordimiento alguno.

Tengo que decirles, señores del jurado, que la conducta de esta chica era de lo más irregular y que la boda, lejos de poner freno a sus extravíos, pareció al contrario hacerla más desvergonzada.

Por juego natural de la astucia femenina, pareció cogerle gusto a engañar a este honesto hombre con todos los empleados de su despacho. Digo "con todos". Tenemos cartas, señores. Pronto se convirtió en un escándalo público, que únicamente el marido, como todo, ignoraba.

Al fin esta pícara, con un interés fácil de concebir, sedujo al hijo del mismísimo patrón, joven de diecinueve años, sobre cuyo espíritu y sentido tuvo pronto ella una influencia deplorable. El señor Langlais, que hasta ese momento tenía los ojos cerrados por la bondad, por amistad hacia su empleado, sintió, viendo a su hijo entre las manos, —debería decir entre los brazos de esta peligrosa criatura—una cólera legítima.

Cometió el error de llamar inmediatamente a Lougère y de hablarle impelido por su indignación paternal.

Ya no me queda, señores, más que leerles el relato del crimen, formulado por los labios del mismo moribundo y recogido por la instrucción:

"Acababa de saber que mi hijo había donado, la misma víspera, diez mil francos a esta mujer y mi cólera ha sido más fuerte que mi razón. Verdaderamente, nunca he sospechado de la honorabilidad de Lougère, pero ciertas cegueras son más peligrosas que auténticas faltas.

Le hice pues llamar a mi lado y le dije que me veía obligado a privarme de sus servicios.

Él permanecía de pie delante de mí, azorado, sin comprender. Terminó por pedir explicaciones con cierta vivacidad.

Yo rechacé dárselas, afirmando que mis razones eran de naturaleza íntima. Él creyó entonces que yo tenía sospechas de su falta de delicadeza, y, muy pálido, me rogó, me requirió que me explicara. Convencido de esto, se mostró arrogante y se tomó el derecho de levantarme la voz.

Como yo seguía callado, me injurió, me insultó, llegó a tal grado de exasperación que yo temía que pasara a la acción.

Ahora bien, de repente, con una palabra hiriente que me llegó a pleno corazón, le dije toda la verdad a la cara.

Se quedó de pie algunos segundos, mirándome con ojos huraños; después le vi coger de su despacho las largas tijeras que utilizo para recortar el margen de algunos documentos; a continuación le vi caer sobre mí con el brazo levantado, y sentí entrar algo en mi garganta, encima del pecho, sin sentir ningún dolor.

He aquí, señores del jurado, el sencillo relato de su muerte. ¿Qué más se puede decir para su defensa? Él ha respetado a su segunda mujer con ceguera porque había respetado a la primera con la razón.

Después de una corta deliberación, el acusado fue absuelto.

El miedo

Acabada la cena, subimos otra vez al puente. El Mediterráneo se extendía ante nosotros sin el más leve estremecimiento en toda su superficie, en la que una luna llena y plácida ponía reflejos de muaré. El gran barco se deslizaba, disparando hacia el cielo sembrado de estrellas una voluminosa serpiente de humo negro; a nuestras espaldas, el agua blanquísima, removida por el corte violento de la pesada embarcación y sacudida por la hélice, espumaba, se retorcía, removiendo tantas luminosidades que daba la impresión de un hervor de luz de luna.

Éramos seis u ocho y mirábamos todo aquello en silencio, vueltos hacia el África lejana, a la cual nos dirigíamos. El comandante, que estaba en medio de nosotros fumando un cigarro, reanudó de pronto la conversación que teníamos en la mesa.

—Sí, señores; aquel día sentí miedo. Seis horas estuvo mi barco con aquella roca incrustada en la barriga y batido por el mar. Por suerte cerca ya del anochecer, nos vio un buque carbonero inglés, el cual nos recogió a bordo.

Un señor alto, de rostro tostado y expresión grave, uno de esos hombres que producen la sensación de que han cruzado grandes regiones desconocidas corriendo peligros constantes y que parecen conservar en la profundidad de su mirada tranquila un algo de los paisajes que han visto, un hombre de esos que revelan poseer una templada energía, habló por vez primera:

—Asegura usted, comandante, que tuvo miedo; no se lo creo. Equivoca usted la palabra y la sensación que experimentó. Cuando el hombre enérgico se encuentra frente a un peligro apremiante no siente miedo jamás. Cuando más, se siente emocionado, inquieto, angustiado; el miedo es otra cosa.

El comandante insistió, riendo francamente.

—¡Caracoles! Yo le aseguro que fue miedo lo que tuve.
El hombre de cutis bronceado habló, con acento firme y voz pausada:

—Permítame aclarar mi afirmación. El miedo (y hasta los hombres más valerosos pueden sentirlo) es una cosa atroz, una sensación desgarradora, algo así como una descomposición del alma, un calambre horroroso del pensamiento y del corazón, y solo con recordarlo se sienten escalofríos de angustia. Pero a un

hombre valeroso no le asalta por encontrarse frente a un ataque ni frente a la muerte inevitable ni en presencia de cualquiera de las formas de peligro que conoce: le acomete, en cambio, en ciertas circunstancias anormales, bajo el influjo de causas misteriosas, en presencia de peligros indefinidos. El auténtico miedo es como una reminiscencia de las terroríficas pesadillas primitivas. Quien cree en aparecidos y tropieza en la noche con un espectro ha de experimentar el miedo en toda su horrible desnudez.

Lo que es el miedo en todo su horror lo supe yo hará unos diez años. Entonces fue en pleno día. Y volví a sentirlo el último invierno durante una noche del mes de diciembre.

Y, sin embargo, he pasado por trances azarosos y aventuras que parecían mortales. Y he luchado muchas veces. Más de una me han dejado por muerto los ladrones. En América estuve condenado a la horca por insurrecto, y en las costas de la China me tiraron al mar desde el puente de un navío. En todas estas ocasiones me di por perdido y decidí inmediatamente lo que tenía que hacer, sin pesar ni enternecimientos.

Pero, eso no es el miedo.

En África tuve como un presentimiento de lo que es. Pero es del norte de donde procede; el sol lo disipa como a la niebla. Fíjense bien en esto, señores. Para los orientales, la vida no tiene valor alguno; se resignan inmediatamente a perderla; las noches son claras y no hay en ellas los sombríos sobresaltos que acosan a los cerebros en los países fríos. En el Oriente es posible que se dejen invadir por el pánico, pero se desconoce lo que es el miedo.

Escuchen ustedes lo que me ocurrió en estas tierras africanas:

Cruzaba la gran región de dunas que hay al sur de Ouargla. Es un país de los más extraños del mundo. Ustedes conocen los arenales lisos, los arenales llanos de las grandes playas del océano. Pues bien: imagínense que el océano mismo se convirtiese en un arenal cuando más encrespado estuviese por el huracán: represéntense con la imaginación una tempestad silenciosa de olas inmóviles de polvo amarillo. Esas olas desiguales tienen una altura de montañas de formas distintas, erguidas como el oleaje de los rompientes, pero aún más inmensas y con estrías, como el muaré. Sobre ese mar furioso, mudo y sin movimiento, vierte su llama implacable y perpendicular el sol del sur, que todo lo consume. Para atravesar la región es preciso escalar estas olas de ceniza dorada,

descender por la otra vertiente, volver a escalar, seguir escalando siempre, sin descanso y sin una sombra en que abrigarse. Los caballos se ahogan de fatiga, se hunden en la arena hasta los jarretes, resbalan en la cuesta abajo de las sorprendentes colinas...

Éramos dos amigos y nos daban escolta ocho espahíes y cuatro camelleros con sus camellos. Caminábamos en silencio, agobiados de calor y de fatiga, con las gargantas tan secas como aquel desierto ardiente. De improviso, uno de nuestros hombres dejó escapar una especie de grito; todos hicieron alto y nos quedamos inmóviles, sorprendidos por un fenómeno inexplicable que cuantos viajan por aquellas regiones perdidas conocen. Sin que pudiéramos precisar dónde, pero cerca de nosotros, sin dirección concreta, tocaba un tambor, el tambor misterioso de las dunas; se le oía con toda claridad: unas veces vibrante; otras, más apagado; cesaba unos momentos, para reanudar en seguida su redoble fantástico.

Los árabes se miraban unos a otros, aterrorizados; uno de ellos dijo en su lengua: 'La muerte nos persigue.' Y no bien lo dijo, cuando mi compañero, mi amigo, mi hermano casi, cayó de cabeza del caballo, fulminado por una insolación.

Por espacio de dos horas hice esfuerzos para salvarlo, aunque inútilmente, y durante ese tiempo estuvo

martillándome en los oídos aquel tambor misterioso con su ruido monótono, intermitente e incomprensible. Entonces fue cuando sentí que calaba en mis huesos el miedo, el miedo auténtico, el miedo horrible; con el muerto querido junto a mí, en un pozo formado por cuatro montes y que el sol convertía en horno, a doscientas leguas del pueblo francés más próximo y el eco desconocido envolviéndonos en el rápido redoble de su tambor.

Aquel día pude formarme una idea de lo que era tener miedo: pero cuando lo supe, de veras, fue en otra ocasión...

El comandante interrumpió al narrador:

—Discúlpeme, caballero; y el tambor aquel, ¿supo de qué se trataba?

El viajero contestó:

—Lo ignoro en absoluto. Nadie lo sabe. Los oficiales del ejército, que se han visto muchas veces sorprendidos por aquel extraño ruido, opinan casi todos que se trata del tamborileo de granos de arena que el viento lanza contra alguna mancha de hierbas secas y que luego el eco agranda, multiplica y refuerza desmesuradamente en

los repliegues y hondonadas de las dunas. Se ha venido observando que el fenómeno se produce siempre en las proximidades de terrenos en que existen pequeñas plantas quemadas por el sol y duras como pergamino.

No es, pues, otra cosa este fenómeno que una especie de espejismo del sonido. Pero yo lo supe más adelante.

Paso a contar mi segunda emoción:

Me ocurrió durante el último invierno, en un bosque del nordeste de Francia. Tan nublado estaba el cielo que se hizo noche con dos horas de adelanto. Llevaba de guía a un campesino que iba a mi lado; caminábamos por un estrecho sendero, bajo una bóveda de abetos a los que el huracán arrancaba aullidos. Por encima de sus copas veía yo la desbandada de nubes que parecían huir desatinadas de algo terrible que las perseguía. Pasaba de cuando en cuando una ráfaga inmensa y todo el bosque se doblaba en la misma dirección, dejando escapar un gemido de dolor; aunque caminaba a buen paso e iba bien abrigado de ropa, me iba calando el frío.

Teníamos que cenar y dormir en la casa de un guardia forestal, que no distaba mucho de donde estábamos. Yo iba a cazar.

El guía miraba de cuando en cuando al cielo, y murmuraba:

—¡Qué oscuro está! Me explicó quiénes eran las personas a cuya casa íbamos. Hacía dos años que el padre había matado a un cazador furtivo, y desde entonces vivía melancólico, como acosado por aquel trágico recuerdo. Vivían en compañía suya dos hijos casados.

Las tinieblas eran profundas. No veía a dos pasos en torno mío; el ramaje de los árboles, chocando con violencia entre sí, llenaba la noche de un rumor incesante. Distinguí, al fin, una luz y mi compañero llamó casi en seguida a una puerta. Nos contestaron voces agudas de mujer:

—¿Quién es?

Mi guía se dio a conocer. Entramos. Nunca olvidaré aquel cuadro…

Un viejo de cabellos blancos y mirada extraviada, empuñando el fusil cargado, nos aguardaba de pie en el centro de la cocina, y dos jóvenes robustos, armados con hachas, defendían la puerta. Vi a dos mujeres arrodilladas, con la cara pegada a la pared, en los rincones más oscuros.

Nos dimos mutuas explicaciones. El viejo colocó su escopeta contra la pared y mandó que me preparasen mi habitación; al ver que ninguna de las mujeres se movía, me dijo bruscamente:

—Mire usted, caballero; hace dos años, y en tal noche como la de hoy, maté a un hombre. El año pasado se me apareció aquí. Esta noche también lo espero.

Y agregó con un acento que me hizo sonreír:

—Por eso estamos en guardia.

Hice lo que pude para tranquilizarlo, aunque en honor a la verdad, me felicitaba por haber llegado en tal noche para asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso. Referí algunas anécdotas y casi conseguí tranquilizar a toda aquella gente.

Cerca del hogar, con la nariz escondida entre las patas, dormía un perro viejo, bigotudo y medio ciego; era uno de esos perros cuya cabeza evoca un parecido con alguna persona conocida nuestra.

Afuera, la tempestad desencadenada sacudía la pequeña casa; por un estrecho ventanuco de cristal que había cerca de la puerta, como para ver desde dentro sin ser visto, distinguí de pronto, a la luz de los relámpagos, un enmarañamiento de árboles maltratados por el viento.

Por mucho que yo me esforzaba, comprendía que aquella familia se hallaba dominada por un terror

pánico; cuando yo dejaba de hablar, todos ellos parecían estar escuchando a lo lejos. Harto de aquellos imbéciles temores, iba ya a pedir permiso para acostarme, cuando vi que el viejo se puso en pie de un salto y volvió a coger su fusil, balbuciendo con voz desvariada:

—¡Ya llega! ¡Ya llega!... ¡Lo oigo venir!

Las dos mujeres cayeron otra vez de rodillas en sus rincones, ocultándose el rostro, y los hijos empuñaron de nuevo las hachas. Me disponía a tranquilizarlos, pero súbitamente el perro que dormitaba se despertó, levantó la cabeza, alargó el cuello, miró al fuego con sus pupilas casi apagadas y lanzó uno de esos lúgubres aullidos que escalofrían a los viajeros cuando los oyen, de noche, en medio del campo. Todos los ojos se clavaron en el animal que ahora permanecía inmóvil, alzado sobre sus patas, como frente a una aparición; se le erizaron los pelos y volvió a lanzar un aullido, como si lo dirigiese hacia aquella cosa invisible, desconocida y seguramente pavorosa. El guardia, lívido, gritó:

—¡Ha reconocido su olor! ¡Ha reconocido su olor! ¡Estaba conmigo cuando lo maté!

Las dos mujeres, fuera de sí, a un tiempo se pusieron a aullar al unísono con el perro.

No pude evitar que me corriese por la espina dorsal un escalofrío. En verdad, aquel animal que veía apariciones en tal lugar, a semejante hora y entre aquellas gentes empavorecidas, era cosa de miedo.

Durante una hora y sin moverse de donde estaba, el animal siguió aullando, como angustiado por una pesadilla; el miedo, el auténtico miedo se iba apoderando de mí. ¿Miedo de qué? ¿Lo sé yo acaso? ¡El miedo!, y con eso está dicho todo.

Permanecimos inmóviles, lívidos, a la espera de un acontecimiento espantoso, escuchando anhelantes, sobresaltados ante el ruido más ligero. El perro se puso a rondar por la habitación, husmeando en las paredes, sin dejar de gemir. ¡Aquel animal nos volvía locos! El campesino que me había traído se lanzó sobre él, presa de un acceso de terror furioso, abrió una puerta que daba a un corralillo y echó fuera al animal.

Ya no se le oyó y aquel silencio nos resultaba todavía más terrorífico.

Un súbito sobresalto nos acometió a todos a un tiempo: alguien se deslizaba rozando el muro exterior hacia el bosque, cruzó luego rozando la puerta y pareció que la tanteaba con mano insegura; nada más se oyó

durante dos minutos, que nos hicieron perder todo rastro de razón; se le sintió pasar otra vez, siempre rozando el muro; rascó suavemente como un niño que araña con la uña, y surgió de improviso, pegada al cristal del ventanuco, una cabeza blanca, de ojos azogados como los de una fiera. Salió de su boca un sonido confuso, un murmullo quejumbroso.

Estalló un estruendo en la cocina. El viejo guardia había disparado. Los hijos se precipitaron en el acto y taparon el ventanuco con la mesa, afirmando ésta con el aparador.

Les doy mi palabra de que el estrépito de aquel disparo inesperado me atenazó con tal angustia el corazón, el alma y el cuerpo que me sentí desfallecer, y estuve a punto de morir de miedo.

Permanecimos en la cocina hasta el amanecer, incapaces de movernos y de articular una palabra, como acalambrados por un espanto indecible.

Nadie se atrevió a desembarazar la puerta, hasta que vimos dibujarse un débil rayo de luz del día en la rendija de un sobradillo.

Al pie de la pared, junto a la puerta, yacía el perro achacoso, con la cara destrozada de un balazo. Había

salido del corralillo abriéndose paso por debajo de la empalizada.

El hombre de la cara tostada se calló, y luego dijo para terminar:

—Y ya lo ven ustedes, ningún peligro corrí aquella noche; preferiría, sin embargo, afrontar de nuevo las horas en que he corrido los más graves peligros, antes que pasar por el instante aquel del disparo sobre la cabeza barbuda del ventanuco.

El crimen del tío Bonifacio

Aquel día, repasando la correspondencia el peatón Bonifacio, al salir de correos, alegróse al calcular que su caminata sería más corta que de costumbre. A su cargo estaba toda la extensa campiña de Vireville, y al volver a su casa muchas noches llevaba recorridos más de cuarenta kilómetros.

Aquel día, por ventura, el reparto era fácil; y sin apresuramientos, podría estar en su casa, descansado, a las tres de la tarde.

Saliendo por el camino de Seunemare, comenzó su correría, en pleno junio, el mes verde y fecundo, el mes de las cosechas.

Con su blusa azul y su quepis negro galoneado de rojo, atravesaba por veredas angostas los campos de verduras, de avena o de trigo, asomando menos de medio cuerpo sobre las mieses; su cabeza parecía flotar en el mar de espigas que una brisa ligera ondulaba.

Entrando por las puertas de las corralizas, generalmente sombreadas por dos filas de cipreses, saludaba por su nombre a cada campesino: «Buenos días, señor Chicot», y le alargaba su periódico, Le Petit

Normand. El campesino se limpiaba la mano en el reverso de los pantalones, cogía el papel y se lo guardaba en el bolsillo, para leerlo tranquilamente después de comer, a medio día. El perro, atado a un manzano junto a un tonel que le servía de caseta, ladraba furiosamente haciendo esfuerzos para desasirse; y el peatón, sin volver la cabeza, emprendía su camino en apostura marcial, sujetando con el brazo izquierdo la cartera y balanceando el derecho al compás de sus largas zancadas.

Distribuía los periódicos y las cartas en el caserío de Seunemare, y luego, a través de los campos, le llevaba el correo al recaudador, que vivía en una casita aislada.

El nuevo recaudador, Chapatis, era recién casado y se había establecido allí ocho días antes.

Recibía un diario de Paris, y el peatón Bonifacio, cuando no tenía mucha prisa, daba un vistazo al impreso, antes de entregarlo al suscriptor.

Así, pues, como nada le apresuraba, sacó el periódico de la bolsa, y quitándole con cuidado la faja, lo desdobló para leerlo sin dejar de andar. La primera plana le interesaba poco; la política le dejaba frío; pasaba por encima los asuntos de Bolsa y Administración, pero las noticias y sucesos le apasionaban.

Había muchos de sensación aquel día. De tal modo le conmovió un crimen cometido en la barca de un guardia campestre, que se detuvo en un campo de trébol para saborear los detalles de su lectura. Eran horrorosos. Un leñador, pasando muy de mañana por delante de la barraca, reparó en varias manchas de sangre que había junto a la puerta, como si le hubiera sangrado a uno la nariz. «El guarda habrá matado algún conejo esta noche», pensó; pero acercándose, observó que la cerradura estaba forzada.

Entonces corrió asustado para avisar al alcalde del pueblo, el cual se acompañó del alguacil y del maestro. Los cuatro, llegando a la barraca, encontraron al guarda degollado junto a la chimenea, a su mujer estrangulada en la cama, y una criatura de seis años que tenían, ahogada entre los colchones.

El peatón Bonifacio se impresionó de tal manera, pensando en aquel espantoso crimen cuyas terribles circunstancias imaginaba, que sintió un temblor en las piernas, y dijo en alta voz:

—¡Cristo! ¡Hay en el mundo personas muy canallas!

Luego volvió a meter el periódico en la fajilla y avanzó con la cabeza llena de visiones criminales.

En seguida llegó a la casa del recaudador Chapatis, y abriendo la reja del jardinillo, se acercó a la puerta.

Las habitaciones estaban todas en el piso bajo. El peatón subió los dos escalones de piedra, y echando mano al picaporte, se convenció de que la puerta estaba cerrada. Tampoco estaban abiertos los postigos de las ventanas, y esta le hizo suponer que nadie había salido aún de la casa.

Esta idea le intranquilizó, porque Chapatis, desde el primer día se levantaba temprano. Bonifacio sacó su reloj. Eran las siete y media; llegaba una hora más pronto que de costumbre. Sin embargo, extrañó que no se hubieran levantado los habitantes de aquella casa.

Anduvo en torno con muchas precauciones y sin hacer ningún ruido, como si temiera; nada encontró de particular, a no ser unas huellas de pisadas en un cuadro de fresas.

De pronto quedó inmóvil, petrificado por una terrible angustia, delante de una ventana. Oía gemidos apagados.

Decidiéndose, acercóse más, pasando por encima de unos tomillos, y aplicó una oreja a los cristales. No había duda; eran gemidos, y percibía después claramente

suspiros dolorosos, un estertor, un rozamiento de lucha brazo a brazo. Los gemidos aumentaban, se repetían, se acentuaban más; ya eran gritos agudos.

Entonces Bonifacio, seguro de que allí se cometía un crimen, corrió desesperadamente, atravesando el jardín, lanzándose a través de la llanura, a través de las mieses, corrió cuanto pudo hasta llegar extenuado, palpitante, frenético, a la casa—cuartel de los gendarmes.

El sargento Malautour arreglaba una silla rota, clavándole algunas puntas con un martillo. El gendarme Bautier sostenía el mueble averiado y ponía la punta en el sitio donde hacía falta, esperando el martillazo del sargento, que algunas veces le daba en los dedos.

En cuanto los vio, el peatón, gritó:

—¡Corriendo! ¡Asesinan al recaudador! ¡Corriendo! ¡Corriendo!

Los dos hombres interrumpieron su trabajo y levantaron la cabeza, mostrando en sus rostros la expresión de personas que se ven de pronto molestadas.

Bonifacio, creyéndolos más sorprendidos que apresurados, insistió:

—¡De prisa! ¡Los ladrones aún están allí! ¡He oído los ayes de las víctimas! ¡Aún es tiempo!

—El sargento, dejando el martillo, preguntó:

¿Quién te ha comunicado el suceso?

El peatón repuso:

—Iba a llevar el periódico y dos cartas, cuando reparé que todo estaba cerrado y que el recaudador no había salido aún. Dando la vuelta a la casa para cerciorarme bien, oí gemidos, como si ahogaran o degollaran a una persona. Corriendo vine a dar aviso. Aún es tiempo.

El sargento preguntó:

—¿Y tú no has procurado auxiliar a la víctima?

—Temí que fueran pocas mis fuerzas.

Entonces el sargento, convencido, añadió:
—Voy a vestirme y armarme.

Y entró en la casa—cuartel seguido por el gendarme, que llevaba la silla, el martillo y los clavos.

Pronto salieron, y los tres se encaminaron hacia el lugar del crimen a paso de carga.

Ya cerca de la casa, tomaron precauciones; el sargento empuñó su revólver, y entrando en el jardín sigilosamente, llegaron a la puerta. No había el menor indicio de que los criminales hubiesen huido; todo estaba cerrado aún.

—¡Ya los tenemos! —insinuó el sargento en voz baja.

El peatón, emocionado, los hizo aproximar a la ventana donde se oían los gemidos.

—Allí es.

Y el sargento se adelantó solo, aplicando a los cristales una oreja. Los otros dos aguardaron, dispuestos a todo, con la vista clavada en él.

Y estuvo inmóvil, escuchando; se había quitado el tricornio, que tenía en la mano izquierda.

¿Qué oía? Su rostro impasible no revelaba nada; pero, de pronto, sus bigotes se erizaron, sus mejillas se contrajeron como para contener la risa, y abandonando su espionaje se acercó a los dos hombres, que le miraban asombrados.

Luego les indicó que le siguieran, andando de puntillas, y, acercándose a la fachada principal, dijo al peatón que metiese por debajo de la puerta el periódico y las cartas.

El peatón, asombrado, ejecutó dócilmente lo que le ordenaban.

—Y ahora, volvámonos tranquilamente —añadió.

Cuando estuvieron en la carretera, encarándose con Bonifacio, con expresión burlona, con un gesto malicioso y los ojos brillantes de alegría exclamó:

—¡La cosa tiene gracia!

—¿Qué? Juro haber oído sollozos y estertores de angustia. ¿Qué pasa?

Pero el sargento soltó el trapo, riéndose a carcajadas. Reía sofocándose, con las dos manos en el vientre; reía con toda su alma, gesticulando, llorando, sonándose. Y los otros dos le miraban con asombro.

Y como la risa no le permitía hablar, ni dejaba de reír, para dar a entender lo que sucedía en casa del recaudador recién casado y recién establecido, hizo un movimiento popular y canalla.

Tampoco le comprendieron y lo repitió varias veces, designando con la cabeza la casa cerrada.

El gendarme comprendió, al fin, riéndose, como su jefe, a todo trapo.

El peatón estaba como estúpido entre aquellos dos hombres, que se retorcían de risa.

Cuando el sargento pudo hablar, dando una palmada en el vientre de Bonifacio, dijo:

—¡Bromista! ¡No me olvidaré nunca del crimen de Bonifacio!

El peatón, abriendo los ojos desmesuradamente, repetía:

—¡Juro haber oído sollozos y estertores de angustia!

El sargento, ante aquella cómica gravedad, soltó de nuevo el trapo, y el gendarme se sentó en la cuneta para reír más a gusto.

—¡Ah! Juras haber oído sollozos… Y, cuando asesinas a tu mujer, ¿no solloza?

—¿Mi mujer?…

Estuvo reflexionando, y luego prosiguió:

—Sí; cuando le zurro la badana, grita; pero son otros gritos. ¿Acaso zurraba el recaudador a la suya?

Entonces el sargento, delirante ya de alegría ruidosa, le hizo girar como un muñeco, y le dijo al oído algunas palabras, que acabaron de sorprender a Bonifacio.

El cual, pensativo, murmuró:

—No… así nunca… La mía no dice nada… Yo no hubiera supuesto jamás que… Será posible… Pero me pareció que ahogaban a uno…

Y, confuso, avergonzado, prosiguió su camino por las veredas, atravesando las mieses, mientras el sargento y el gendarme dejaban de reír algún momento para lanzarle, a gritos, bromas de cuartel, en tanto que se alejaba su quepís negro, galoneado de rojo, sobre aquel mar de doradas espigas.

Cuento de Navidad

El doctor Bonenfantes forzaba su memoria, murmurando:

—¿Un recuerdo de Navidad?… ¿Un recuerdo de Navidad?…

Y, de pronto, exclamó:

—Sí, tengo uno, y por cierto muy extraño. Es una historia fantástica, ¡un milagro! Sí, señoras, un milagro de Nochebuena.

Comprendo que admire oír hablar así a un incrédulo como yo. ¡Y es indudable que presencié un milagro! Lo he visto, lo que se llama verlo, con mis propios ojos.

¿Que si me sorprendió mucho? No; porque sin profesar creencias religiosas, creo que la fe lo puede todo, que la fe levanta las montañas. Pudiera citar muchos ejemplos, y no lo hago para no indignar a la concurrencia, por no disminuir el efecto de mi extraña historia.

Confesaré, por lo pronto, que si lo que voy a contarles no fue bastante para convertirme, fue suficiente para emocionarme; procuraré narrar el suceso con la mayor

sencillez posible, aparentando la credulidad propia de un campesino.

Entonces era yo médico rural y habitaba en plena Normandía, en un pueblecillo que se llama Rolleville.

Aquel invierno fue terrible. Después de continuas heladas comenzó a nevar a fines de noviembre. Amontonábanse al norte densas nubes, y caían blandamente los copos de nieve tenue y blanca.

En una sola noche se cubrió toda la llanura.

Las masías, aisladas, parecían dormir en sus corralones cuadrados como en un lecho, entre sábanas de ligera y tenaz espuma, y los árboles gigantescos del fondo, también revestidos, parecían cortinajes blancos.

Ningún ruido turbaba la campiña inmóvil. Solamente los cuervos, a bandadas, describían largos festones en el cielo, buscando la subsistencia, sin encontrarla, lanzándose todos a la vez sobre los campos lívidos y picoteando la nieve.

Solo se oía el roce tenue y vago al caer los copos de nieve.

Nevó continuamente durante ocho días; luego, de pronto, aclaró. La tierra se cubría con una capa blanca de cinco pies de grueso. Y, durante cerca de un mes, el

cielo estuvo, de día, claro como un cristal azul y, por la noche, tan estrellado como si lo cubriera una escarcha luminosa. Helaba de tal modo que la sábana de nieve, compacta y fría, parecía un espejo.

La llanura, los cercados, las hileras de olmos, todo parecía muerto de frío. Ni hombres ni animales asomaban; solamente las chimeneas de las chozas en camisa daban indicios de la vida interior, oculta, con las delgadas columnas de humo que se remontaban en el aire glacial.

De cuando en cuando se oían crujir los árboles, como si el hielo hiciera más quebradizas las ramas, y a veces desgajábase una, cayendo como un brazo cortado a cercén.

Las viviendas campesinas parecían mucho más alejadas unas de otras. Viviase malamente; cada uno en su encierro. Solo yo salía para visitar a mis pacientes más próximos, y expuesto a morir enterrado en la nieve de una hondonada.

Comprendí al punto que un pánico terrible se cernía sobre la comarca. Semejante azote parecía sobrenatural. Algunos creyeron oír de noche silbidos agudos, voces pasajeras. Aquellas voces y aquellos silbidos los daban,

sin duda, las aves migratorias que viajaban al anochecer y que huían sin cesar hacia el sur. Pero es imposible que razonen gentes desesperadas. El espanto invadía las conciencias y se aguardaban sucesos extraordinarios.

La fragua de Vatinel hallábase a un extremo del caserío de Epívent, junto a la carretera intransitada y desaparecida. Como carecían de pan, el herrero decidió ir a buscarlo. Entretúvose algunas horas hablando con los vecinos de las seis casas que formaban el núcleo principal del caserío; recogió el pan, varias noticias, algo del temor esparcido por la comarca, y se puso en camino antes de que anocheciera.

De pronto, bordeando un seto, creyó ver un huevo sobre la nieve, un huevo muy blanco; inclinose para cerciorarse; no cabía duda; era un huevo. ¿Cómo se hallaba en tan apartado lugar? ¿Qué gallina salió de su corral para ponerlo allí? El herrero, absorto, no se lo explicaba, pero cogió el huevo para llevárselo a su mujer.

—Toma este huevo que encontré en el camino.

La mujer bajó la cabeza, recelosa:

—¿Un huevo en el camino con el tiempo que hace? ¿No te has emborrachado?

—No, mujer, no; te aseguro que no he bebido. Y el huevo estaba junto a un seto, caliente aún. Ahí lo tienes; me lo metí en el pecho para que no se enfriase. Cómetelo esta noche.

Lo echaron en la cazuela donde se hacía la sopa, y el herrero comenzó a referir lo que se decía en la comarca.

La mujer escuchaba, palideciendo.

—Es cierto; yo también oí silbidos la pasada noche, y entraban por la chimenea.

Sentáronse y tomaron la sopa; luego, mientras el marido untaba un pedazo de pan con manteca, la mujer cogió el huevo, examinándolo con desconfianza.

—¿Y si tuviese algún maleficio?

—¿Qué maleficio puede tener?

—¡Toma! ¡Si yo supiera!

—¡Vaya! Cómetelo y no digas bestialidades.

La mujer abrió el huevo; era como todos, y se dispuso a tomárselo con prevención, cogiéndolo, dejándolo, volviendo a cogerlo. El hombre decía:

—¿Qué haces? ¿No te gusta? ¿No es bueno?

Ella, sin responder, acabó de tragárselo. Y de pronto fijó en su marido los ojos, feroces, inquietos, levantó los brazos y, convulsa de pies a cabeza, cayó al suelo, retorciéndose, dando gritos horribles.

Toda la noche tuvo convulsiones violentas y un temblor espantoso la sacudía, la transformaba. El herrero, falto de fuerza para contenerla, tuvo que atarla. Y la mujer, sin reposo, vociferaba:

—¡Se me ha metido en el cuerpo! ¡Se me ha metido en el cuerpo!

Por la mañana me avisaron. Apliqué todos los calmantes conocidos; ninguno me dio resultado. Estaba loca.

Y, con una increíble rapidez, a pesar del obstáculo que ofrecían a las comunicaciones las altas nieves heladas, la noticia corrió de finca en finca: «La mujer de la fragua tiene los diablos en el cuerpo».

Acudían los curiosos de todas partes; pero sin atreverse a entrar en la casa, oían desde fuera los horribles gritos, lanzados por una voz tan potente que no parecían propios de un ser humano.

Advirtieron al cura. Era un viejo incauto. Acudió con sobrepelliz, como si se tratara de auxiliar a un moribundo, y pronunció las fórmulas del exorcismo, extendiendo las manos, rociando con el hisopo a la mujer, que se retorcía soltando espumarajos, mal sujeta por cuatro mocetones.

Los diablos no quisieron salir.

Y llegaba la Nochebuena, sin mejorar el tiempo.

La víspera, por la mañana, el cura fue a visitarme:

—Deseo —me dijo —que asista la infeliz a la misa de gallo. Tal vez Nuestro Señor Jesucristo la salve, a la hora en que nació de una mujer.

Yo respondí:

—Me parece bien, señor cura. Es posible que se impresione con la ceremonia, muy a propósito para conmover, y que sin otra medicina pueda salvarse.

El viejo cura insinuó:

—Usted es un incrédulo, doctor, y, sin embargo, confío mucho en su ayuda. ¿Quiere usted encargarse de que la lleven a la iglesia?

Prometí hacer para servirle cuanto estuviese a mi alcance. De noche comenzó a repicar la campana, lanzando sus quejumbrosas vibraciones a través de la sombría llanura, sobre la superficie tersa y blanca de la nieve.

Bultos negros llegaban agrupados lentamente, sumisos a la voz de bronce del campanario. La luna llena iluminaba con su tibia claridad todo el horizonte, haciendo más notoria la pálida desolación de los campos.

Fui a la fragua con cuatro mocetones robustos.

La endemoniada seguía rugiendo y aullando, sujeta con sogas a la cama. La vistieron, venciendo con dificultad su resistencia, y la llevaron.

A pesar de hallarse ya la iglesia llena de gente y encendidas todas las luces, hacía frío; los cantores aturdían con sus voces monótonas; roncaba el serpentón; la campanilla del monaguillo advertía con su agudo tintineo a los devotos los cambios de postura.

Detuve a la mujer y a sus cuatro portadores en la cocina de la casa parroquial, aguardando el instante oportuno. Juzgué que éste sería el que sigue a la comunión.

Todos los campesinos, hombres y mujeres, habían comulgado pidiendo a Dios que los perdonase. Un silencio profundo invadía la iglesia, mientras el cura terminaba el misterio divino. Obedeciéndome, los cuatro mozos abrieron la puerta y acercáronse a la endemoniada.

Cuando ella vio a los fieles de rodillas, las luces y el tabernáculo resplandeciente, hizo esfuerzos tan vigorosos para soltarse que a duras penas conseguimos retenerla; sus agudos clamores trocaron de pronto en dolorosa inquietud la tranquilidad y el recogimiento de la muchedumbre; algunos huyeron.

Crispada, retorcida, con las facciones descompuestas y los ojos encendidos, apenas parecía una mujer. La llevaron a las gradas del presbiterio, sosteniéndola fuertemente, agazapada.

Cuando el cura la vio allí, sujeta, se acercó cogiendo la custodia, entre cuyas irradiaciones de oro aparecía una hostia blanca, y alzando por encima de su cabeza la sagrada forma, la presentó con toda solemnidad a la vista de la endemoniada.

La mujer seguía vociferando y aullando, con los ojos fijos en aquel objeto brillante; y el cura estaba inquieto, inmóvil, hasta el punto de parecer una estatua.

La mujer mostrábase temerosa, fascinada, contemplando fijamente la custodia; presa de terribles angustias, vociferaba todavía; pero sus voces eran menos desgarradoras.

Aquello duró bastante.

Hubiérase dicho que su voluntad era impotente para separar la vista de la hostia; gemía, sollozaba; su cuerpo, abatido, perdía la rigidez, recobraba su blandura.

La muchedumbre se había prosternado con la frente en el suelo; y la endemoniada, parpadeando, como si no pudiera resistir la presencia de Dios ni sustraerse a contemplarlo, callaba. Luego advertí que se habían cerrado sus ojos definitivamente.

Dormía el sueño del sonámbulo, hipnotizada… ¡no, no!, vencida por la contemplación de las fulgurantes irradiaciones de la custodia de oro; humillada por Cristo Nuestro Señor triunfante.

Se la llevaron, inerte, y el cura volvió al altar. La muchedumbre, desconcertada, entonó un tedeum. Y la mujer del herrero durmió cuarenta y ocho horas seguidas.

Al despertar, no conservaba ni la más insignificante memoria de la posesión ni del exorcismo.

Ahí tienen, señoras, el milagro que yo presencié.

Hubo un corto silencio y, luego, añadió:

—No pude negarme a dar mi testimonio por escrito.

ÍNDICE

El diablo 9

La mano disecada 27

Junto a un muerto 41

Carta que se encontró a un ahogado 53

Las tumbales 67

El asesino 85

El miedo 97

El crimen del tío Bonifacio 113

Cuento de Navidad 127

“Permanecíamos inmóviles, lívidos, en espera de un acontecimiento horroroso, aguzando el oído, el corazón latiendo, descompuestos al menor ruido. Y el perro se puso a dar vueltas alrededor del cuarto, oliendo las paredes y siempre gimiendo. ¡Aquel animal nos volvía locos!...

Colección
Lima Lee

